

# Sucesión de despertares en una ciudad desconocida

Juan Manuel Guerrero

## Sueño en Uppsala

*Para Karina.*

*«Todo esto es como un sueño—dije—y yo nunca sueño.»  
Javier Otálora, en el cuento Ulrica de Jorge Luis Borges*

Acabo de despertarme. Todavía es la madrugada, pero la mañana ya domina el gran ventanal de mi cuarto. A través de su vidrio doble, desde mi cama, solo puedo ver una enorme arboleda hecha de una variadísima gama de verdes que en invierno deben ser blancos. Ya no puedo volver a dormirme.

Lo recuerdo todo con llamativa claridad.

Como si fuera una saga más del Flateyjarbók, nuestro encuentro con sabor a mito ocurrió a orillas del río Fyrísán.

— ¿Qué hacías?—le pregunté, aunque ya lo sabía.

— Nada especial, caminaba sola—me regaló un espacio que la realidad nunca me hubiera ofrecido.

— Como yo. Quizás podemos hacerlo juntos—me serví de la broma de Schopenhauer citada por Javier Otálora.

Caminamos. Tan solo unos pocos metros después de conocerla, supe que estaba enamorado. Hasta ese momento, yo nunca había estado enamorado.

Gracias a una de esas razones que solo tienen lugar en un sueño, pude saber que todo se definiría unas horas más tarde, a la medianoche. Sin embargo, no se trataba de esperar sin más hasta entonces, sino de darle forma de libre albedrío a ese tiempo inevitable.

Casi sin darnos cuenta, recorrimos la totalidad del Stadsträdgården. De regreso en la altura, pudimos divisar el Slott, es decir, el castillo. Era rosado, de torres amables y rellenas, digno de la más pura y fina fantasía. Ella no pudo negarse a mi desafío y corrimos hasta él. A pesar de su mejor estado físico, no pudo derrotarme, quizás porque yo era hombre o porque en las utopías de ensueño el enamorado siempre triunfa.

Mientras recobrábamos el aliento, tuve la certeza de que un beso inesperado no me estaba prohibido. Me contuve porque, a pesar de la seguridad inconfundible que produce la atracción mutua cuando emerge, todavía era inaceptablemente pronto. Yo sentía conocerla desde las remotas épocas de Ýmir, pero el tiempo compartido aún se contaba en minutos.

Ella estaba sedienta, aunque no me pareció que se debiera a la carrera, sino a algo más fundamental y perenne. Sentí que lo había estado desde el momento en que nos conocimos o, tal vez, desde mucho antes, acaso desde siempre. En el centro del patio del Slott había una fuente. Bebimos, pero sobre todo ella bebió; muchísimo, como si respirara agua en lugar de aire.

Salimos del Slott y caminamos a lo largo de su parque, el Slottparken, como tantas veces debió haberlo hecho el antiguo rey Jans. La soledad que nos circundaba era absoluta y acentuaba la cercanía que crecía entre nosotros como la extensión de los días durante la primavera escandinava. Unos pocos conejos marrones, con pinceladas blancas y negras sobre sus orejas, jugaban sobre el margen izquierdo del parque.

Ella tenía la rara costumbre de enlentecer su paso hasta detenerse y enfrentarme, mientras

seguíamos conversando. Tal vez no sabía que, en el sur, esa demora era una invitación a besar. Cuando llegamos al final del camino, unas campanas comenzaron a sonar. Instintivamente, busqué la Domkyrka, siempre imponente y visible, pero no pude verla. Ella se detuvo una vez más.

Le hablé de un deseo, del parque, de la soledad, de las campanas, de mi pecho angustiado, del vano intento de contenerme. Quise besarla, pero ella me detuvo. Bajó la mirada y no dijo ni una palabra. Nuestra intimidad, la cual yo tanto había temido resquebrajar, se pronunció.

Una vez más, como si hubiera perdido la memoria, ella me confesó estar sedienta. La miré desconcertado durante un tiempo indescifrable.

Dejamos el parque. Una caminata con vida propia, guiada por algo superior a nuestras voluntades, nos condujo hacia el centro de la ciudad. Toda la gente que no estaba en el parque se encontraba allí. Descubrimos un bar que yo nunca había visto antes, a pesar de mi minucioso conocimiento de la ciudad. Sobre la mesada central, había dispuesta una gran cantidad de botellas de agua. Parecía que los responsables de ese lugar ajeno a mi memoria sabían que ella y su sed llegarían pronto. Con extraña naturalidad, ella bebió con devoción y pareció llenarse de una cierta calma que creí adivinar demasiado frágil.

La noche seguía disfrazada de tarde. Frente al bar fluía el río, el mismo de antes, y sobre él había un delicado puente cuyos sostenes laterales disfrutaban la compañía de infinitas flores multicolores. Fuimos hacia allí, como si buscáramos que esa imagen fuera parte de nuestro recuerdo.

En silencio, nos apoyamos junto a las flores sobre el barandal del puente. Desde esa proximidad con el aire perfumado, vimos cómo el cielo inusualmente limpio se iba apagando. Las palabras tan solo hubieran agregado imprecisión a ese momento tan diáfano como el firmamento. Nos miramos a los ojos y fue evidente que lo comprendíamos todo. Sonreímos. Quise besarla, otra vez, pero ella volvió a detenerme bajando la mirada.

Debajo de nuestros pies, el río transcurría de un modo que me recordaba al tiempo. Un poco más adelante, la corriente caía en una pequeña cascada. El canto de la caída también hacía su aporte a embellecer ese pasado que entonces todavía era presente. Más lejos, lo más inverosímil: una gran cantidad de suecos cantaban, se abrazaban y reían.

Dejamos el puente y el centro de la ciudad. Las personas, así como habían aparecido de modo súbito en el sentido inverso, desaparecieron por completo. Estábamos muy solos otra vez.

Era casi la medianoche. Mi corazón lo sabía.

Tomamos asiento en un banco recostado sobre la vereda de una gran librería. Los libros expuestos en la vidriera me resultaron inescrutables. El banco era largo y tenía una escultura que adornaba uno de los extremos. Era un alce, a menos que uno se detuviera a examinarlo.

Tentado por la trampa del análisis, descubrí también que todos los elementos de esa maqueta que nos contenía padecían una sospechosa prolijidad: las baldosas de la vereda, los cordones, las luminarias, el banco, el joven árbol junto al banco, las decenas de bicicletas estacionadas; en definitiva, cada uno de los objetos que nos rodeaban.

Interminables hileras de ventanas iguales nos miraban desde las fachadas de enfrente. En cada una de ellas, justo en el centro, había ubicada una lámpara blanca y encendida que proyectaba una luz tenue.

Los últimos destellos del sol todavía flotaban sobre la ciudad. La claridad moribunda desplegabá un romántico manto de cálidas sombras, cuya concepción parecía ser obra de la mismísima Freyja.

No había ni una gota de viento, todo estaba congelado. Me sentía dentro de una fotografía. El silencio también era completo. Podía escuchar las más ligeras variaciones de su voz hermosa sin ningún tipo de esfuerzo.

El frío, el eterno frío, simplemente no estaba.

Sentí que ella, a su manera nórdica, buscaba acercarse. Una vez más, quise besarla. Me detuvo, pero esta vez no bajó la mirada. El silencio se me representó como un pedido de ayuda.

— ¿Puedo saber por qué?—le pregunté, contraviniendo mis más profundas convicciones sobre cómo afrontar un rechazo—. Podés decirme ‘no me siento atraída por vos’, la razón última, y eso será liberador para mí.

Ella bajó la mirada y, como correspondía en ese suelo, pensó su respuesta.

— Otro amor—me dijo y me condenó al encierro.

— ¿Vas a besarme?—insistí en buscar una salida a tanta incertidumbre.

— Hoy no—buscó posponer esa pequeña muerte con una manzana de Iðunn. En cambio, yo sentí su respuesta como un hacha bien afilada hundida en el corazón, porque mañana es, casi siempre, demasiado tarde.

Le tomé la mano. No la apartó.

Las campanas volvieron a sonar. Era la medianoche.

A partir de ese momento, el final—la desintegración posterior al final—se aceleró como una caída libre, hasta el punto de no poder recordarlo.

Estoy solo, sentado en mi cama, mirando hacia el ventanal que multiplica los verdes. Todo fue tan inusual, tan mágico. Todo, excepto el dolor. Ese dolor fue, es y será demasiado real.

## La maldad imperceptible

*Para Germán.*

*«La misión verdadera de cada uno era llegar a sí mismo. Se podía llegar a poeta o a loco, a profeta o a criminal; eso no era asunto de uno: a fin de cuentas, carecía de toda importancia.*

*Lo que importaba era encontrar su propio destino, no un destino cualquiera, y vivirlo por completo. Todo lo demás eran medianías, un intento de evasión, de buscar refugio en el ideal de la masa; era amoldarse; era miedo ante la propia individualidad.»*

*Herman Hesse, en su libro Demian.*

*«¿Y acaso es posible disfrutar de la vida sin transgredir las leyes de la moral?»*

*Maxim Gorky, en su cuento El sacerdote de la moral.*

Soy un mal tipo. Celebrarlo es parte de mi maldad. A mi favor, puedo decir que se trata de una maldad relativamente inofensiva, sutil, tal vez indescifrable. Y también, lo más importante, puedo decir que esa maldad me ha conducido a una verdad estremecedora, la cual pretendo compartir con ustedes a través de este escrito.

Para llegar a dicha revelación, se me hace indispensable darme a conocer un poco más. O, mejor dicho, dar a conocer un poco más mi rutina.

Por la mañana, cuando me despierto, no me levanto de inmediato. En primer lugar, porque no necesito hacerlo, ya que mi trabajo me permite un horario de entrada bastante flexible. En segundo lugar, y diría fundamentalmente, porque espero a que mis compañeros de casa se despierten. Cuando suena el primero de sus despertadores, entonces sí, corro hacia el baño y lo ocupo. Lo ocupo largo y tendido. Me siento en el inodoro y doy tiempo a mis necesidades primarias, más allá de que me apremien o no. Luego, me afeito con lentitud y cuidado, atendiendo a cada detalle de mi barba; aclaro: no porque me importe de manera especial. Después, me baño con una ducha caliente y reconfortante; si es una fecha especial para mis compañeros de casa, elijo un baño de inmersión, con velas y sahumerios. Mis compañeros de casa son de lo más predecibles. Primero esperan, porque saben que no cuentan con mayores derechos que yo a la hora de ocupar el baño. Cuando ya ha pasado un tiempo prudencial, golpean la puerta; «ocupado», respondo con neutralidad, lo cual no es del todo fácil, ya que la situación suele producirme una risa intensa que, a veces, hasta encierra felicidad. Pasado otro tiempo prudencial, me piden «pasar al baño, sin mirar»; «no, ya salgo», les miento de un modo cruel. Como no salgo, comienzan a golpear la puerta y a insistir; «hay que levantarse más temprano», les respondo. Cuando la situación no da para más, ahí sí, salgo. Situaciones análogas «se generan» en relación a la cocina, la parrilla y otros ambientes comunes de la vivienda.

Por supuesto, cada vez que hacemos una reunión de compañeros de casa, esos temas son tratados en profundidad. Entonces, solo para extender el encuentro todo lo posible, ensayo explicaciones larguísimas que se remontan a mi infancia. En esas justificaciones, no ahorro conceptos psicológicos vertidos por mi terapeuta durante mis sesiones de psicoanálisis, las cuales llevan ya más de diez años. Cuando se cansan de escucharme, intentan intervenir, pero no se los permito; «yo los escuché a todos atenta y pacientemente, no les pido ni más ni menos que lo

mismo, que tengan un poco de respeto para con mis palabras y me dejen redondear el punto, ya que de otro modo... ». Al final, se dan cuenta de que interrumpirme es aún más costoso que escucharme, por lo cual se resignan a tolerarme y, en el mediano plazo, terminan por no abrir muchos de los debates que, por supuesto, deberían ser abiertos.

Es importante destacar que mi accionar malicioso genera en mis compañeros de casa la necesidad de ser mejores. Deben ser más organizados, más silenciosos o más perspicaces. Deben razonar mejor y evitar dar espacio a mi maldad. Con esto no quiero decir que yo sea bueno. Soy malvado, sin dudas, aun cuando las personas no logren darse cuenta del todo. En cambio, me consideran un tanto complicado o, no pocas veces, consideran ser ellas mismas las causantes de estas situaciones en las cuales se ven envueltas cuando se relacionan conmigo.

La gran diferencia entre todos y yo —y no me refiero solo a mis compañeros de casa— es mi mayor disponibilidad de tiempo, mi paciencia de acero y mi absoluta imperturbabilidad ante las situaciones de conflicto.

Cuando por fin mis compañeros de casa han dejado la vivienda, entonces yo también lo hago. Por lo general, me dirijo al bar de siempre. No por la calidad de sus productos o por su atención, sino porque hay una mesa justo frente a una baldosa rota, con la cual una sorprendente cantidad de transeúntes se tropieza. Eso me causa muchísima gracia, especialmente cuando se caen al piso; a veces, inclusive, desparraman papeles o, mejor todavía, comidas y bebidas. A menudo, yo les dirijo la palabra cuando pasan, para acentuar la distracción y promover la caída. Si caen, corro raudo en su ayuda, principalmente para gozar del espectáculo desde un primerísimo plano. Las personas, una vez repuestas, no saben cómo agradecerme.

También me gusta ese bar porque tiene varios habitués, a quienes me encanta arrebatárles su diario favorito. Dado que son varios y cada uno tiene su preferencia, voy rotando las víctimas de un modo aleatorio, no solo para entretenerme con una variedad de rostros ofuscados, sino también para hacer del fenómeno algo inesperado. Entonces, cuando llego al lugar, identifico cuáles de los habitués no han llegado todavía y, en función de ello, elijo los diarios que voy a apropiarme. A veces, elijo más de uno e intento que sean ideológicamente opuestos, de modo que cuando el habitué viene a pedirme uno de los diarios, me disculpo por estar leyéndolo y le ofrezco el otro. Casi siempre lo aceptan, a regañadientes; con ello, mi maldad y yo contribuimos a la tolerancia política de nuestro querido país. En todo caso, una vez que tomo un diario no lo abandono hasta que el habitué se haya marchado. Esto, a veces, implica que llegue tarde al trabajo, lo cual no representa un verdadero problema, ya que gozo de estabilidad laboral. Además, molestar a mis superiores con una llegada tarde no es algo que me desagrade demasiado.

Si voy a un bar nuevo, busco uno que ocupe una gran superficie, sobre todo a lo largo. Esta preferencia se explica por mi deseo de sentarme lo más lejos posible de la caja, de modo tal que el camarero deba recorrer una gran distancia para atenderme. Por supuesto, el desgraciado no puede saberlo. Cuando se acerca por primera vez, le comento con la mayor amabilidad que estoy esperando a un queridísimo amigo y que, por lo tanto, le agradecería muchísimo si pudiera, por favor, volver en unos minutos. La escena se repite dos o tres veces. Cuando el camarero se rinde, entonces lo llamo, le comento con pesar que mi queridísimo amigo no podrá apersonarse y procedo a hacerle algunas preguntas de lo más razonables, las cuales exceden el menú y exigen una respuesta de la cocina. El camarero va, pregunta y regresa con una información que, por lo general, me resulta insuficiente. Todo parece de lo más natural y, muchas veces, los camareros no saben cómo disculparse por sus imprecisiones. Yo los tranquilizo y, al final, ordeno. Durante

el servicio, los llamo varias veces y, además de destacar la calidad de la atención, les transmito nuevas inquietudes o requerimientos.

Debo admitir que, además de maldad, poseo una admirable capacidad lógico-matemática, la cual me permite actuar con una gran coherencia. Las personas sienten las consecuencias de mi mala intención, pero bajo ningún punto de vista pueden endilgarme una responsabilidad, ni siquiera ante sus propias conciencias. Algunos pocos, los más inteligentes, sospechan que algo extraño ocurre conmigo. Yo, a su vez, puedo percibir que lo perciben, así que por lo general me alejo de ellos. Me gusta molestar a la gente, no complicarme la vida.

Una vez que he terminado con el desayuno, voy en busca de mi automóvil. El tránsito de la ciudad es tan desordenado que seguir las reglas puede significar una verdadera tortura para el resto de los automovilistas. Por eso, a pesar del intenso tráfico, dejo pasar a cada uno de los peatones que se me cruzan, respeto cada uno de los colores amarillos del semáforo y cedo el paso, sistemáticamente, a otros automovilistas en cada una de las esquinas. Este último caso me genera no pocos conflictos internos, ya que la molestia que les genero a quienes vienen detrás se ve compensada por el alivio de aquellos a quienes cedo el paso. Pero así es la vida, a veces no resulta posible mortificar a todo el mundo a la vez y se vuelve inevitable elegir a los perjudicados. En todo caso, bajo ningún punto de vista les facilito el paso a los vehículos que vienen detrás. No es tan fácil evadirme a mí ni a las leyes. Nadie, por supuesto, tiene el más mínimo derecho a hacerme un reclamo. Algunas veces, veo a través del espejo retrovisor cómo los automovilistas se indignan y gesticulan violentamente con los brazos: los abren, golpean el volante o se agarran la cabeza, mientras se quejan ante un copiloto imaginario. «¡Abuelo!», han llegado a gritarme; yo he sonreído y mostrado el pulgar arriba, como forma de reconocer la ocurrencia, pero sobre todo de bloquear la búsqueda descarga. Por supuesto, no soy tan purista y puedo abandonar el bando de la ley cuando la situación lo amerita. Por ejemplo, si el tránsito está demasiado paralizado y comienzan a escucharse bocinas, me sumo con determinación e intensidad, dejando la bocina presionada sin pausas, tan solo para sumar estrés a los automovilistas atascados.

Como cualquiera puede imaginar, el trabajo es un gran lugar para desplegar mi maldad. Cuando llego, no saludo al guardia de seguridad, pues he notado que mi indiferencia lo fastidia particularmente. Omitido el guardia, me dirijo al ascensor y espero todos los turnos que sean necesarios para subirme solo. ¿Por qué? Porque me deleito con el delicado momento en el cual estoy solo dentro del ascensor y otra persona viene corriendo con la intención de llegar a tomarlo. Yo reacciono de modo exagerado y presiono el botón «cerrar» muchas veces, todas las que puedo. Si la persona llega, cree con ingenuidad que ha podido tomar el ascensor gracias a mí, así que me lo agradece. Si no llega, le ofrezco una profunda cara de «lo intentamos» y, una vez cerrada la puerta, me marcho sonriente hasta el piso de mi oficina.

Mi jefe casi nunca me reclama por mis llegadas fuera de horario. En primer lugar, porque no le interesa, ya que no es su dinero el que está en juego. En segundo, porque cuando lo ha intentado se ha expuesto a mis interminables argumentaciones, una situación ya descrita que cualquier persona en su sano juicio desea evitar.

El trabajo que realizo es irrelevante para todos, excepto para el pobre ciudadano que ha iniciado el trámite. Ese pobre diablo nunca llegará a conocerme, no tendrá medios para quejarse y, a la larga, aprenderá a conformarse con esperar. Dado que el único incentivo para avanzar es mi voluntad, el procesamiento de las fichas avanza con enorme arbitrariedad y lentitud. Es mi exclusiva decisión cuántas fichas hago por día y, más importante, cuáles. Por ejemplo, hay fichas

que pospongo porque el nombre del ciudadano en cuestión me desagrada; o trámites que cancelo porque hay un campo (quizás de escasa importancia) sin completar; entonces, el trámite vuelve hacia atrás y debe volver a comenzar.

Mis compañeros de trabajo han aprendido a evitarme, lo cual es una ganancia general, ya que a mi tampoco me interesa interactuar con ellos.

También tengo subordinados. Gracias a ellos, he descubierto algunas aristas sofisticadas sobre mi maldad. Aunque sea difícil de creer, hay en ella cierta grandeza, ya que no la despliego especialmente con mis subordinados, sino que la distribuyo de un modo democrático entre todo el organigrama de aquellos que se relacionan conmigo. Es como si el orgullo y la maldad, por lo menos en mí, fueran dimensiones que se desenvuelven de manera independiente.

Cuando salgo del trabajo, por lo general, voy a la universidad. Puedo hacerlo gracias a mi tiempo libre y a la gratuidad del sistema. No tengo ningún interés en obtener un título, sino más bien en participar de las clases con preguntas incómodas o intervenciones interminables. «No sé, pero me opongo» es mi ideología en ese antro. Eso implica, casi siempre, adoptar posiciones de la derecha más rancia, para sostener tensas discusiones con las interminables hordas marxistas que pueblan la universidad. En la biblioteca, me esmero en pedir libros que no existen o sobre temas que nada tienen que ver con la casa de estudios. También, es cierto, disfruto de complicar el trabajo administrativo del personal no docente; debe admitirse, eso sí, que esto encierra un ponderable acto de justicia.

Ya de regreso en casa, me preparo la cena. En la medida de lo posible, intento generar un último conflicto con mis compañeros de casa antes de irme a dormir, sobre todo para entorpecerles el sueño. Como parte de mi queja, nunca dejo de mencionar que «he tenido un día difícil» o que «ya no estoy para tolerar este tipo de cosas». Si hay gritos, llantos y portazos, tanto mejor.

Ya recostado en mi cama, repaso los acontecimientos del día y me duermo apacible, repleto de tranquilidad, como un ángel.

¿Me siento orgulloso de mi maldad? No diría tanto, tan solo la acepto en plenitud. Más todavía: me acepto en plenitud, sin culpas, como lo haría un verdadero lobo estepario.

Mi familia, en cambio, no acepta mi maldad. Es por eso que ha decidido financiar la terapia psicológica de la cual hablé con anterioridad. Yo he aceptado la propuesta, sobre todo para dejar en evidencia la futilidad de semejante proyecto e incrementar al máximo los niveles de frustración de mis queridos padres y hermanos.

Mi psicólogo no sabe que la terapia es financiada por mi familia. Sin dudas, este secreto encierra la llave que, por ignorarla, le impide salir del desconcierto. «¿Por qué este sujeto viene a perder el tiempo y, encima, paga por hacerlo?», estoy seguro de que se pregunta cada vez que termina mi visita. Si llegara a descubrir que mi familia es quien paga por sus servicios, entonces yo mismo decidiría comenzar a pagarle de mi propio bolsillo con tal de no darle la satisfacción de entender.

Amigos, no, no tengo. ¿Quién podría querer un amigo como yo? Y, más importante, ¿quién como yo podría querer un amigo?

¿Novias? Menos.

En cambio, sí tengo lectores, pues también soy escritor. Con ellos también me divierte jugar. Por ejemplo, me encanta prometerles una verdad estremecedora que parece no llegar nunca. Extender la cuestión con párrafos entretenidos y prometedores que, sin embargo, no conducen a nada. En el último párrafo, el escenario más temido se hace realidad: no hay verdad



alguna, todo fue un engaño. En ese momento, los lectores se sienten unos tontos por haber confiado en un mal tipo. Y, aunque les duela, lo son. Entonces, se deciden a abandonar el escrito, indignados. Y en ese punto ocurre la magia mayor, la maldad suprema: sí había una verdad estremecedora después de todo. O, tal vez, no.

## Sucesión de despertares en una ciudad desconocida

De vez en cuando, me despierto en una ciudad diferente a la mía. Sucede de un modo que parece ser aleatorio. No estoy seguro de que sea siempre la misma ciudad. Algunas veces, estoy seguro de que lo es, pero con variaciones. Otras, tengo la seguridad de que son ciudades distintas, pero hermanadas por un hecho reiterado y fundamental: mi desconcierto.

De cualquier manera, la sensación al despertarme suele ser más o menos la misma. Abro los ojos y veo una habitación extraña: una cama más grande, colores que nunca elegiría, demasiados dispositivos electrónicos, entre muchos otros detalles sin importancia. Pero lo que más llama mi atención no son esos pequeños pormenores ajenos, sino la singular dinámica que adquiere el tiempo.

Para comenzar, no hay despertador. El regreso a la conciencia ocurre plácido y natural; tan solo escucho algunas aves lejanas, piando con tranquilidad. Tampoco tengo prisas, pero no porque carezca de tareas pendientes, sino porque mi cuerpo trae consigo la inercia de una distensión infrecuente pero segura. Una despreocupación que no sabe de principios ni finales y me retrotrae a la infancia, cuando las distancias de tiempo parecían interminables. Entonces quedo tendido en la cama, en paz, hasta que siento unas casi olvidadas ganas de levantarme.

Al principio, el temor era mayor, pero con el tiempo aprendí a sobrellevar la rara sensación de despertarme en otro mundo. Podría decir que ya no me sobresalto. Tan solo me siento invadido por el asombro.

Cuando ya estoy levantado, dejo la habitación y me pierdo en un departamento que, a grandes rasgos, me resulta ajeno. Con esa impresión, deambulo hasta encontrar el baño. Una vez allí, me miro al espejo y lo confirmo: soy yo. Todo es muy claro, como si no se tratara de un sueño. Me lavo la cara y busco despabilarme con la instintiva necesidad de comenzar a entender.

La sed de comprensión permanece insatisfecha, porque no hay manera razonable de explicarlo.

De regreso en la habitación, me visto. La ropa es la de siempre. Ya vestido, busco la cocina. En el camino, mientras miro las paredes y las puertas al final del pasillo, tengo la seguridad de no conocer el departamento, aunque me transmite una sorprendente familiaridad, como si efectivamente hubiera vivido allí durante meses pero no pudiera recordarlo.

Cuando encuentro la cocina, abro la heladera: está vacía. No hay vez que no espere otra cosa, ni que pueda evitar la decepción. La necesidad de un desayuno me empuja a salir y eso, aunque no lo parezca, es una buena noticia.

Tras paso la puerta de entrada y desciendo por la escaleras. Me pregunto cuántos pisos tendré que bajar. Por suerte, son solo dos. Salgo del edificio.

Estoy parado en una calle que nunca he visto. Contemplo mi alrededor y, luego de muchos años, vuelvo a sentirme un niño. No tengo noción de dónde estoy, ni a dónde ir, ni por qué. Está fresco, pero el sol, como un padre, me ofrece unas caricias contenedoras. Las recibo con placer, dispuesto y sin apuro, mientras cierro los ojos y se me escapa una sonrisa. Tomado por sorpresa y sin siquiera haberlo imaginado., me doy cuenta de que soy feliz.

Sin abandonar mi serenidad, parado y de cara al sol, comprendo que mi extravío me libera. No tengo ubicación, ni razones. No conozco a los demás, ni quiero conocerlos. Nadie me espera, ni me reclama, ni me necesita. No tengo obligaciones. No tengo nada que hacer.

Cuando el sol es suficiente, camino a la deriva en la búsqueda de un café donde pueda desayunar. Lo encuentro. Es pequeño y cálido, con mesas y sillas sólidas, de madera. Está sobre una calle poco transitada y silenciosa. Me siento con la mayor tranquilidad. Es algo que siempre quiero hacer en mi propia ciudad, pero por alguna razón nunca lo hago. Siempre estoy tan ocupado, tan intranquilo.

Nunca leo diarios, pero pido uno. El mozo me ofrece uno cuyo nombre desconozco; aun así, lo acepto complacido. Lo ojeo como si esos títulos condenados a desaparecer me importaran. A pesar de mi desprecio por esas noticias irrelevantes, lo disfruto. En verdad, más que el diario, saboreo el momento de parálisis (o elongación) del tiempo. Todavía podría ser mejor: si hubiera un mañana, me llevaría un libro para leer.

Como no tengo horarios que cumplir, me quedo en el café. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que muchos otros también lo hacen, aunque da toda la impresión de que esta sí es su ciudad. Y de que esas sí son sus vidas. Mi libertad excepcional es, para ellos, una costumbre accesible; más todavía: una normalidad.

Salgo de la cafetería. Me paro y miro a mi alrededor. Me siento muy libre. Cierro los ojos y me entrego a la frescura de esa licencia inesperada. Vuelvo a caminar sin rumbo, esta vez por el centro de la ciudad. Lo hago durante un largo rato hasta que encuentro una librería. Entro.

La librería es un oasis dentro del oasis. La temperatura es más baja, como cuando se entra a una caverna. Lo mismo ocurre con la sensación de quietud. Y con el silencio. Me remite a la idea de pasado. Pero estas son solo sensaciones, literarias si se quiere, de ningún modo comparables con la indemostrable realidad de despertarme en otra dimensión.

Sin necesidad de paciencia, reviso cada uno de los estantes repletos de libros viejos y sucios. Compró algunos clásicos, aunque no sé bien para qué, ya que probablemente se desvanezcan junto al resto de la experiencia.

Me acerco al mostrador, donde hay un hombre leyendo. Parece eterno. O, casi lo mismo, parece ser tan viejo como los libros que vende. Su forma de ser habla de una plena pertenencia mutua con la librería.

El hombre que supongo librero revisa los libros que voy a comprar con una lentitud inagotable. Los limpia con un pequeño trapo y les pone un señalador con injustificada dedicación. Yo no me inquieto. Por el contrario, aprovecho esa ventana de tiempo suspendido para hacerme muchas preguntas.

¿Por qué no hago esto en mi ciudad? ¿Por qué necesito del extremo de una vida en blanco para dedicarle tiempo a estos pequeños placeres? ¿En qué momento renuncié a mis deseos más simples y puros? ¿Cuándo fue que la vorágine me arrastró a sus condiciones?

El hombre termina y me entrega los libros. Sin decir palabra, vuelve a sentarse y retoma su lectura. Nunca me reclama el dinero (ni siquiera da la impresión de esperarlo), pero se lo dejo sobre el mostrador. Vuelvo a salir a la calle.

El sol me sigue acompañando. Consulto mi reloj, pero no lo tengo. Pregunto a un caminante: no ha pasado tanto tiempo como me imaginaba. Apenas llego a esa conclusión, me doy cuenta de que es inútil y extemporánea. Semejantes consideraciones pertenecen a mi ciudad, no a esta.

Compró una ensalada, voy a comerla al parque. Miro las flores, los árboles y las personas. Miro la calle: los autos me molestan, pero no tanto como siempre.

El resto del día transcurre de un modo similar que ya no necesita ser descripto.

La sucesión de despertares en la ciudad desconocida me conduce a una sutil sabiduría. De

a poco, con cada despertar, voy abandonando la búsqueda de explicaciones. En cambio, me entrego al sencillo goce de la experiencia extraordinaria. Inclusive, comienzo a desear que el fenómeno no se esclarezca nunca.

La noche y el final se estacionan en mi cuarto. Me duermo tranquilo.

De regreso en mi ciudad—y en mi vida—me resulta imposible la continuidad.

El viaje en el espacio (y en el tiempo) me interpela. Abre ventanas e interrogantes. Me empuja a enfrentar mis rutinas, mis deseos y mis miedos, como si fuera una buena historia, un buen libro o una buena obra de arte.

## Los amantes recurrentes

*Para Mara.*

Ella se fue. Su ausencia es dolorosa, casi tanto como lo era su presencia indefinida. La partida es indeseada, pero trae cierta conveniente calma a mi vida. De a poco, el tiempo vuelve a transcurrir con normalidad. Puedo dormirme sin angustia. La noche, que le había pertenecido, es ahora un gran espacio vacío. Sumido en él, me resulta fácil el recuerdo.

Me sirvo una medida de whisky y me acerco a la ventana.

Arriba, impera la luna llena. Una interminable corte hecha de estrellas la acompaña; son tantas y tan hermosas. No hay nubes.

Abajo, los veo llegar desde la calle. Vienen acompañados por una silenciosa tensión. Se paran frente a la puerta. Él no encuentra la llave. Ella mira los alrededores, tal vez con cierto nerviosismo.

Ninguno de los dos puede verme.

Él se ve calmo y decidido. Viste una remera, un jean y unas zapatillas, como casi siempre. Parece confiar, quizás demasiado, en lo invisible.

Ella es sus propios ojos chispeantes. Una batalla parece librarse en su interior. Es más joven, pero sobre todo es sensual. Viste de negro; luce aros, collares y anillos. No busca seducirlo: simplemente no puede evitarlo.

Entran a la casa de ventanas amplias y abiertas.

Ella impone una distancia. Recorre el lugar sin prisa y examina cada uno de los objetos que ocupan el espacio. Se detiene con particular interés en los libros. Hablan de ellos; esa conversación la complace.

Él se ubica de pie en un rincón. Desde allí, le cuenta detalles sobre los aspectos de la casa que a ella le interesan. Mientras lo hace, abre una botella de vino y sirve dos vasos.

Se sientan a la mesa y conversan. Él la siente demasiado lejos, así que se mueve a una silla más cercana. Tras varios minutos, ella sale a fumar. Él se acomoda en el sillón amplio y la mira. Ella vacila cuando regresa; se acomoda un momento en el sillón, pero luego lo abandona. La rotación de lugares y posiciones continúa. Giran alrededor de un eje invisible, mientras se buscan con paciencia y rigor. Se atraen y se rechazan desde diferentes aristas. Bailan un tango sutil mientras conversan y beben.

Él desborda de deseo, pero se contiene. No quiere presionarla.

Una parte de ella está dispuesta a todo, pero otra más fuerte y subterránea la mantiene sujeta.

Como siempre, el tiempo exige definiciones. Él se acerca y busca besarla. Ella accede, pero con una pasividad tan completa que parece indiferencia. Se besan durante unos minutos, pero él no logra desatar las cadenas interiores que la aprisionan. O tal vez ella no quiere besarlo pero, por algún motivo indescifrable, lo hace.

Esa es la desabrida culminación de la noche. A partir de ese clímax, la tensión cede y ella comienza a alejarse. Él es incapaz de contener la sangre. Ella se convence de que lo mejor será irse. La excitación expectante se vuelve frustración. La conversación continúa, pero es tan solo una formalidad, un camino amable que conduce a la despedida.

Los dos dejan la casa y se pierden en la oscuridad de la noche.

Triste desenlace, pienso.

Decido que mi día también debe terminar. Así pasa la noche reparadora. También pasan la mañana apacible y la tarde amarilla. Preparo la cena con algún placer y la vivo con nostalgia. Cuando termino, la vela se ha consumido del todo.

Me sirvo una medida de whisky y me acerco a la ventana.

Arriba, la luna está casi tan llena como ayer. El millón de estrellas apenas está empañado por unas pocas nubes que se mueven con rapidez.

Abajo, escucho voces. Son ellos. Llegan desde la calle. Vienen acompañados por la misma silenciosa tensión. Él no encuentra la llave. Ella vuelve a mirar el entorno con cierto nerviosismo. Visten llamativamente igual que un día antes.

Ellos nunca pueden verme.

Él está igual de calmo y anhelante. Ella mantiene intacta su sensualidad. Entran. Ella vuelve a recorrer el lugar como si fuera la primera vez. Él la mira, ardiente, desde la quietud del mismo rincón. El tango está a punto de comenzar.

Sin embargo, a partir de ese instante, la escena se modifica; no es tan imborrable como la primera, pero todavía es real. La danza seductora se repite, aunque la música es otra. Él se muestra más decidido desde el comienzo. Ella claro que lo nota y reacciona alejándose. La tensión se sostiene en ese nivel. La resolución es la misma, aunque llega más rápido.

Él la besa, ella accede, pero el beso está vacío.

El encuentro colapsa. La conversación continúa—debe continuar—pero se va desangrando hasta morir. Juntos, dejan el lugar y se internan en la noche.

Triste desenlace, pienso una vez más.

La noche, la mañana, la tarde y la cena vuelven a consumirse.

Me sirvo una medida de whisky y me acerco a la ventana.

Arriba, puedo ver la luna llena limada por uno de sus bordes; envejece. La gran inmensidad estrellada está dañada por un puñado de nubes.

Abajo, escucho sus voces. Ya no me sorprenden. Llegan desde la calle, los acompaña la silenciosa tensión, él no encuentra la llave y ella mira en derredor. Visten igual.

Entran. Ella vuelve a examinar el lugar por primera vez, él vuelve a mirarla con deseo ardiente. El tango comienza.

La música (y, entonces, la danza) vuelve a cambiar. Él abandona su rincón y busca acercarse a fuerza de caricias. Ella no responde. Él se siente morir de impotencia frente a esa muralla que le es inexpugnable. Sabe—puede sentirlo—que ella guarda sentimientos, pero no puede alcanzarlos. No se rinde, no retrocede.

Él la besa, ella accede, pero el beso sigue estando vacío. La velada se desmorona.

Triste desenlace.

Las casi veinticuatro horas pasan. No podrían no hacerlo.

Me sirvo una medida de whisky y me acerco a la ventana.

Arriba, solo nubes. A la luna y a las estrellas solo puedo adivinarlas.

Abajo, llegan desde la calle. Todo es igual. Entran. Bailan tango.

El beso es vacío.

Triste.

La escena vuelve a sucederse, noche tras noche.

Arriba, el cielo busca en vano agotar las infinitas disposiciones de la luna, las estrellas y las

nubes. La luna decrece hasta morir, para luego renacer desde la oscuridad. No siempre puedo verla, porque las nubes juegan a esconderla. Las estrellas ocupan el resto y, de tantas, me parecen un universo; nunca voy a asumirlo, pero lo son.

Abajo, en cambio, sucede siempre lo mismo, exactamente lo mismo, excepto por el color del baile que altera una pintura gris que insiste en el regreso.

Así avanza el futuro, al ritmo del tango, el beso vacío y el triste desenlace.

Una noche, sin embargo, se produce un quiebre profundo en la historia.

Todo se repite, como siempre. Están sentados sobre la cama. Como cada noche, él la besa, pero en seguida se detiene. Se pone de pie, apaga la luz principal—es demasiado brillante—y regresa. Se arrodilla en el piso frente a ella y la atrae hacia él. Ella accede a abrazarlo con las piernas. Quizás por azar, quizás por destino, ese acercamiento que nace de dos rodillas en el suelo la libera. El beso, por fin, rebalsa.

Esta noche, el desenlace no es triste ni ellos dejan la casa. Cuando por fin se duermen abrazados, yo dejo mi vaso de whisky junto a la ventana y también me entrego al día de mañana.

Las noches no vuelven atrás. A partir de ahora, se parecen a la última. Y se vuelven menos y menos imborrables.

Arriba, la luna, las estrellas y las nubes se combinan de tantas formas que pierdo el registro; se me hacen iguales.

Abajo, el mismo baile inicial desemboca siempre en los amantes sentados sobre la cama. Él la besa, apaga la luz demasiado brillante, se arrodilla frente a ella, la atrae, ella se libera y hacen el amor.

La variación no desaparece, sino que se traslada al momento en que se aman.

Las noches que siguen son incontables repeticiones del ritual de seducción. Se despliegan hasta el momento del beso. Luego, divergen y las aventuras del encuentro amoroso son diferentes. Cada noche, con pasión y lentitud, los amantes recurrentes exploran nuevos modos de amarse. No hay prisa; sienten que las noches compartidas no terminarán nunca.

Pero las noches compartidas siempre terminan. En la última de ellas, la historia vuelve a quebrarse de un modo que comprendo definitivo. Es el final.

Arriba, veo el cielo totalmente negro. No hay luna, ni estrellas. Ni nubes.

Abajo, escucho las pisadas de un hombre solo y triste. No necesito el whisky ni la ventana para saber que es él. Se para frente a la puerta. Encuentra la llave y entra. Prepara la cena. Come hasta que la vela se consume. Le resulta fácil el recuerdo. Inmediatamente después, hace esas dos cosas.

## Expulsado de la Playa del Lector

Me llamo Jáuregui. Soy escritor. Durante el año, doy a conocer mi obra en los parques de Buenos Aires. De esa experiencia ha surgido una de mis historias, Expulsado de la Plaza del Lector, en la cual relato mis peripecias frente a los guardias de seguridad al incursionar en esa plaza de nombre y misión tan claros. Durante el verano, hago lo propio en la playa. De esta segunda experiencia surge esta historia, la cual involucra inspectores y policías. Como cualquiera puede imaginar, el nombre que le he dado a la playa resulta inevitable.

Esta historia tiene antecedentes ciento por ciento reales. Esto significa que adentrarme en detalles podría tener implicancias legales para mi persona. Por lo tanto, obviaré dar demasiadas precisiones sobre la ubicación de la Playa del Lector. Los testigos de los hechos que describiré a continuación sabrán ubicarla en el mapa y, lo más importante, sabrán que no miento.

Diré tan solo que la playa se ubica en algún punto costero de la República Argentina. Es una playa amplísima, especialmente durante la mañana, cuando hay menos bañistas visitándola. Esto me exige caminatas más extensas para llegar hasta ellos.

De un lado de la Playa del Lector, se abre el infinito Mar Argentino, fuente inagotable de inspiración y fuerza. Constituye también el último refugio ante la aparición demasiado sorprendente de los inspectores.

Del otro lado, se levanta el médano ondulante, afectado en varios pasajes de su extensión por la construcción irregular de hoteles y casas. La irregularidad está amparada por la complicidad de la misma municipalidad que envía sus inspectores a echarme de la playa. Por si fuera poco, la misma municipalidad habilita la construcción de grandes antenas telefónicas en el bosque, justo detrás del médano, o directamente sobre la playa. Y también comanda un ejército de trapitos estacionados en cada una de las entradas a la playa. Tanto es el disgusto que me producen estas paradojas que, por momentos, me siento tentado de abandonar la falta de precisiones que me había autoimpuesto y, con ello, me sitúo frente al peligroso abismo de extraviar mi búsqueda de una literatura medianamente universal. Sin embargo, luego de un momento de tibia reflexión, regreso a mi postura civilizada, la cual sin dudas es también preferida —aunque por otras razones— por la municipalidad y sus autoridades.

A diferencia de la Plaza del Lector, ni la playa ni sus alrededores tienen estatuas. Quizás algún día se levante una en mi honor —a mi tarea como escritor—, aunque tan solo si persisto y todos se equivocan, dos hechos a los que asigno una elevada probabilidad. El diseño de la estatua lo imagino fiel a la imagen que guardan de mí los bañistas que me conocen y que me han visto operar en la Playa del Lector. De existir esta estatua en el futuro, quedará demostrado que los inspectores que me echaban de la playa estaban equivocados, si no ante los ojos de la ley al menos ante los de la historia.

En la playa, los bañistas se distribuyen de un modo que parece ser aleatorio, con cierta tendencia a la cercanía con el mar. Algunos de ellos son lectores (y hasta escritores) aunque no sea posible descubrirlos con facilidad, ya que por lo general proyectan una imagen igual a la del resto: personas en traje de baño haciendo nada o construyendo pequeños castillos de arena. Otros no lo son tanto, a pesar de que están leyendo libros.

Los mejores lectores puedo encontrarlos durante la mañana. Mi contacto con ellos no se traduce en un mayor interés por mi obra —más bien lo contrario—, pero sí en una gran



motivación para seguir mejorando. De hecho, creo firmemente que no hay motor de progreso más potente que el rechazo. Cuando los «no» se multiplican y está vedada la deserción (por razones íntimas y fundamentales), no hay otro camino que superarse.

En cualquier caso, siguiendo las sabias recomendaciones pascalianas, desconfío de todos mis sentidos e impresiones. A la hora de presentarme con mis libros, encaro a todos los bañistas, más allá de los prejuicios o los deseos que me inundan. No hay intimidades ni descansos que no se vean interrumpidos por mi invasiva pero amable presencia. Los pormenores de ese pequeño asalto son verdaderamente interminables, es decir, exceden el alcance de esta historia. Quizás algún día los compile bajo un título mercantilista como «Guía definitiva para vender libros en la playa».

Más allá de esos detalles pospuestos, puedo decir que me acerco a los bañistas y les ofrezco la posibilidad de leer mis libros, sin ningún tipo de compromiso, tan solo el de gozar sin culpas de mis inolvidables historias. Algunos —la mayoría— aciertan y rechazan la propuesta. Otros, en cambio, encuentran gracioso mi comentario, o ven con curiosidad mi iniciativa, o sienten cierta lástima por mi entrega, o están muy aburridos, y entonces aceptan. Yo les dejo los libros el tiempo que lleva leer un cuento y vuelvo más tarde a buscarlos. Las consecuencias de este evento socialmente inesperado son impredecibles. Y su valor dista mucho de reducirse a la venta, o no, de un libro.

Esta percepción relativa del valor es lo que no comprendían los inspectores la primera de las veces que me interceptaron en la playa. No solo les expliqué la dinámica general de mi accionar, sino que también aproveché la ocasión para ir un poco más lejos. Busqué obsequiarles nuevas perspectivas. Les aseguré sin pruebas que la vida era mucho más que libros, permisos y dinero. Les hablé de los efectos nocivos del resultadismo, el utilitarismo y el pragmatismo. Me adentré en las grandes diferencias culturales entre el carácter latino y el anglosajón, no sin mencionar el hito histórico de la Reforma y el papel central desempeñado en ella por Lutero. Critiqué sin reparos el eficientismo alemán. Subrayé los desmanes sociales que la exagerada búsqueda de la excelencia producía en el pueblo japonés. Y muchas otras cosas por el estilo.

Los inspectores me observaban estupefactos. Daba toda la impresión de que mis palabras les resultaban ajenas. Esa sospecha crecía en mí a medida que hablaba e intercalaba conceptos marxistas y weberianos en el desarrollo de mi explicación. Quizás no estaba siendo lo suficientemente claro. Con disimulo y una ductilidad argumental digna de mención, fui virando con suavidad a autores cuyos pensamientos —aunque desde otro ángulo ideológico— eran más limpios y concisos al respecto: Smith y Popper. Pero no hubo caso.

Más allá de mi incapacidad para hacerme entender, los inspectores escucharon mi descargo con admirables paciencia y respeto. Esperaron hasta la última de mis cadenas silogísticas. Todo este intercambio —más bien un monólogo de mi parte— nos habrá llevado no más de veinte minutos. Quizás los inspectores se distrayeran en algún momento o intercambiaron alguna mirada que me excluía, pero no más que eso.

Yo cerré mi argumentación de un modo por demás elegante, dando lugar a una admirable esfericidad cortazariana. Me sentía orgulloso de mi inobjetable capacidad de hilar ideas, obras y autores para sostener lo que consideraba mi legítimo derecho a permanecer en la playa compartiendo mis libros con los bañistas.

Los inspectores, a juzgar por su proceder inmediatamente posterior, no compartían mi análisis. Apenas dije mi última palabra, se limitaron a preguntarme si tenía o no el permiso para vender mis libros en la playa.

Por supuesto, mi primera reacción fue de desagrado. Recalqué lo que consideraba una falta de consideración, no solo a mi persona, sino también a las ideas de la ilustración, a los griegos y a la milenaria civilización occidental. ¿No era evidente la respuesta a partir de mi pieza argumental? ¿No decantaba naturalmente gracias a la veracidad de mis proposiciones y a la lógica implacable con la cual había logrado engarzarlas? ¿No era la mía una posición contundente e irreprochable?

Planteados con claridad mi descontento y mis preguntas retóricas, procedí a contestar la pregunta que me habían hecho: no, no tenía el permiso. Pero, acto seguido, también les aclaré que si no lo tenía no era para ahorrarme unos pesos, ni para evitar perder las tres horas que me llevaría hacer el trámite, ni por mi aversión natural a la burocracia, ni por las construcciones irregulares sobre el médano, ni por las antenas en el bosque, ni por el ejército de trapitos estacionados en las entradas de la playa, ni por mi crítica general a la idea del Estado Presente, ni como respuesta o resistencia o castigo a la corporación política corrupta que nos había llevado a la ruina durante décadas, ni por mis ideas liberales, ni por mi paternal simpatía hacia los anarquistas, ni por mi acuerdo general con algunos postulados bakunianos, ni por nada relacionado a estas cuestiones. Todo era mucho más simple. Si no tenía el permiso era porque no estaba vendiendo los libros. Algo absolutamente discutible —esto no se lo dije— pero bajo todo punto de vista improbable.

Los inspectores volvieron a hacer caso omiso de mis explicaciones y me dijeron que esa vez, por ser la primera, solo se trataba de una advertencia. La semana entrante, con la temporada ya comenzada, estarían acompañados por la policía. «Y por las consecuencia de la ley», interpreté en silencio. Por lo tanto, me instaron a regularizar mi situación, para lo cual debía acudir a la municipalidad en un lapso no mayor a veinticuatro horas.

Cansado de que mis palabras no fueran tomadas en cuenta, les dije que lo entendía y que me daba por enterado. Me saludaron con amabilidad y se retiraron. Los bañistas a mi alrededor me miraban; no me hacían gestos ni comentarios, solamente me miraban. Me quedé esperando a que los inspectores se alejaran lo suficiente. Cuando ya casi no podía verlos, recomencé con la paciente tarea de repartir mis libros.

No era la primera vez que yo tenía noticia de los inspectores. Años anteriores había sabido de ellos. Mostraban cierta presencia los primeros días de la temporada para luego ir desapareciendo paulatinamente. En palabras de algunos veteranos de la venta playera, «buscaban juntar dinero los primeros días y echar a los que no estaban dispuestos a pagar; luego, no aparecían más; además, había punteros de la municipalidad que vendían los permisos irregularmente a un precio mucho menor». Los testimonios eran reveladores, pero aun así no me importaban en lo más mínimo. Yo no iba a pagar el permiso, aunque lo expidiera la mismísima Madre Teresa de Calcuta. Y, sobre todo, no iba a destinar tres horas de mi escaso tiempo de vida a movilizarme hasta la municipalidad para hacerlo.

Con esta convicción en mente, continué con mi trabajo de hormiga en la playa, buscando encontrar un «sí» entre tantos «no». Día a día, separaba mis libros, les ponía un señalador, los ordenaba, los hacía caber en mi pequeña mochila, me untaba con un protector solar inexplicablemente caro, me vestía para la ocasión, bajaba con mi bicicleta hasta la playa, subía el médano, cruzaba ese desierto de arena que me separaba de los bañistas y me entregaba por completo a la fortalecedora tarea de recibir centenas de «no». Tanto me abocaba a esta rutina que, de a momentos, me olvidaba por completo de los inspectores. Y, embebido en esa

distracción, un día volvieron a capturarme.

En esta segunda ocasión, los inspectores que me interceptaron iban acompañados por dos policías. Los oficiales se mantenían en un segundo plano y permanecían en silencio. Estaban allí para el específico caso de una eventual resistencia física, especialmente si el contrapunto derivada en el secuestro de la mercadería.

Por supuesto, mis libros no eran mera mercancía. Lo mío tampoco era un negocio; más bien, diría que todo lo contrario. Yo no tenía una editorial, ni una librería, ni varios empleados vendiendo mis libros durante todo el día de playa. Ni siquiera yo mismo bajaba a la playa muchas horas, ni tampoco todos los días. Estos eran tan solo algunos de los muchísimos argumentos a los cuales podría recurrir llegado el caso.

A mí me encantaba que hubiera policías. Hubiera deseado que fueran diez en lugar de dos. Le aportaban una fundamental cuota de dramatismo a la escena. Y, además, alimentaba la posibilidad de que yo pudiera explotar el papel de víctima, un excelente recurso que había logrado aprender de mis amigos progresistas. «Humilde escritor independiente enfrenta a cuarenta y cinco inspectores y doscientos policías», titularían los medios. «En medio de citas a Mahatma Gandhi, Nelson Mandela y Martin Luther King, le secuestran veintisiete libros», se explicaría en el desarrollo de la nota. «Los bañistas intervienen y, luego de arduas discusiones, los libros le son devueltos, cerraría la crónica del diario local utilizando un polémico tiempo verbal presente.

Mientras yo imaginaba estos escenarios fantásticos, los inspectores esperaban mi respuesta sobre si tenía el permiso para vender en la playa o no. Además de ser ¿inexplicablemente? muchos y de venir acompañados por la policía, los inspectores eran nuevos. Ya no tenían el uniforme blanco y verde de los primeros días, sino que vestían de civil para una mayor invisibilidad (¡tantas formas hay de ser invisible!). Mi alegato anterior había demostrado ser enteramente ineficaz y, más importante todavía, no tenía la menor gana de repetirlo. Así que me limité a contestar que no sabía de qué me estaban hablando. Yo era tan solo un escritor.

Uno de los inspectores me explicó con ejemplar pedagogía los lineamientos del ordenamiento de la «venta ambulante en playa». Yo lo miraba con rostro sorprendido y asentía con atención a cada una de las explicaciones que me daba. Cuando terminó, le dije que nunca me hubiera imaginado que semejante cosa ocurría en la Playa del Lector. Pero había una confusión, añadí. Yo no estaba vendiendo los libros, sino tan solo ofreciéndolos a los bañistas para un momento de desinteresada lectura. Si ellos deseaban comprarlo, no tenían más remedio que acercarse a la librería más cercana. Pero había aspectos infinitamente más importantes. Con mi generoso accionar, yo estaba promoviendo la lectura y, con ello, la educación, la cultura y el progreso. El futuro de ellos, de sus hijos y de todos los presentes en la playa, en parte, dependía de personas como yo. Y por si fuera poco, lo hacía gratis, sin salario, sin incentivos, sin subsidios, sin jubilación, sin privilegios, pero sobre todo sin quejas. Sí, señores inspectores, yo era un insigne, un héroe, un mártir, y quizás todo eso a la vez. El Estado debía agradecermelo en lugar de perseguirme. Ni siquiera tanto, con que no me importunara me resultaba suficiente.

También estos nuevos inspectores hicieron caso omiso de mi audacia quizás reprochable. Me señalaron que estaba haciendo promoción de mis libros y que eso también se encontraba vedado por la legislación vigente. Dicho eso, me notificaron que tenía veinticuatro horas para acercarme a la municipalidad y regularizar mi situación.

Yo no les dije que eso no ocurriría nunca. Nunca. Prefería cualquier cosa —cualquiera— a interrumpir mi vida diaria, libre y feliz (o infeliz; sí, lo admito) para dedicar tres horas a ir hasta

la municipalidad y pagar por el bendito permiso. Prefería tener que discutir mil veces con ellos. Prefería que me secuestraran los libros cada una de esas mil veces. Prefería que me detuvieran, me esposaran y me condujeran a una celda en la comisaría más cercana. Prefería que me hicieran decenas de multas que nunca pagaría; aceptaría el castigo de los intereses sin entrar jamás a una moratoria, a pesar de que esa instancia beneficiaba siempre a los que no pagaban; con suerte, la inflación pulverizaría los intereses y, en última instancia, la muerte pulverizaría todo y a todos. Resistiría. Elevaría mi voz en medio de la playa. Habría escándalo. Evocaría en mi discurso a San Martín, a Belgrano y a Sarmiento, pero también, para no dejar flancos abiertos, al compañero Juan Manuel de Rosas; sí, de ese modo tan familiar lo llamaría. No sería fácil doblegarme. Pondría mis casi dos metros de altura al servicio de la defensa de los libros. Los policías no tendrían más remedio que intervenir, contra su sensata voluntad de una vida tranquila y sin sobresaltos. Los bañistas desenfundarían sus celulares para filmar la desoladora escena. Las imágenes de los policías quitándome los libros se expandiría como fuego en la sequía, primero en los medios locales, luego en los nacionales y, finalmente, en los internacionales. Aun así, me despojarían de los libros y me acusarían de desacato. Yo rechazaría los cargos y me negaría a dejar la playa junto a ellos. Gritaría con fervor sobre violaciones a la libertad de expresión. Tendrían que arrastrarme. Yo no los golpearía, pero sería todo peso muerto. Los bañistas me verían dejar la playa lleno de arena y con el puño en alto.

Eso y mucho más les conté a mi hermana y a mi cuñado cuando regresé a mi casa. Ellos eran mis vecinos. Mientras yo desplegaba los detalles de lo acontecido, ellos se miraban de un modo demasiado parecido a cómo lo habían hecho los inspectores en la playa.

Cuando terminé mi relato, mi cuñado sugirió que tal vez me resultara conveniente pagar el permiso y dar por terminado el conflicto. Mi cuñado era contador y, por desgracia para él, lo sería toda su vida. En su opinión, resultaba más productivo que cerrara ese flanco abierto lo antes posible, con el fin de ahorrar tiempo y energía. En cambio, era mejor que me dedicara por completo a mi «heroica» —remarcó la palabra moviendo los dedos índice y mayor— tarea con los libros, libre de amenazas y preocupaciones. Para solventar su punto de vista, tomó un papel e hizo una serie de cuentas muy simples, seguidas de elementales razonamientos contables. La conveniencia económica era inobjetable.

Así se lo reconocí a mi cuñado, pero también le dije más. ¿Qué era, después de todo, la conveniencia? ¿Era la conveniencia, acaso, su mejor argumento? ¿Qué clase de artista se sometería a ese criterio? Conveniente, lo que se decía conveniente, era no escribir más, no revisar las páginas de mis historias centenas de veces —quizás miles—, no molestar a mis amigos para que me ayudaran con ello, no imprimir los libros, ni los señaladores, ni levantar las pesadas cajas que los contenían, ni poner los señaladores en los libros, ni ordenar esos libros, ni arreglar la bicicleta decenas de veces para poder transportarlos, ni cruzar el médano para bajar hasta la playa, ni repartir los libros bajo decenas de soles de mediodía de verano, ni recibir cientos de «no» (en el mejor de los casos) cada mañana. Eso sí, sin lugar a dudas, también era conveniente.

Mi cuñado dijo que no respondería mis preguntas; tan solo trataba de ayudarme. Concluido el tema para él, me preguntó si podía hacerle el favor de ir hasta la ferretería para comprarle un par de lijas «de las finitas». Camino a la ferretería, me convencí de que mi destino en esta cuestión estaba definitivamente trazado. Mi futuro estaba llamado a ser grande.

A esta altura del conflicto, hice aquello que cualquier ciudadano amenazado debía hacer: buscar la ordenanza y estudiarla. No solo para saber hasta qué punto mi actividad estaba reñida

con la ley, como me aseguraban los inspectores, sino también para mostrarme informado ante ellos y para utilizar sus artículos en mi favor a la hora del próximo encuentro conflictivo en la playa, el cual consideré próximo e inevitable.

La ordenanza, como suele ocurrir con las leyes de un Estado insaciable, era invasiva, contradictoria y arbitraria. No hacía falta más que imaginar la escena en la cual fue concebida, debatida y aprobada: un puñado de políticos locales encerrados en una habitación, definiendo quién y cómo tenía derecho a hacer qué en la playa. Sin embargo, había algo todavía más contundente que imaginarse la escena: verla en vivo y en directo. Y no lo digo al pasar, sino como privilegiado testigo —en algún punto de mi pasado— de este tipo de personajes municipales.

Por dar tan solo un ejemplo, la ordenanza permitía la venta de helados, gaseosas, churros, chipá, panchos, choclos, pochoclo, pirulines, barriletes, bijouterie, pareos, gorros y cosas por el estilo. Pero no de libros. Toda una definición política.

Sin embargo, la ordenanza no hablaba de promoción ni de publicidad. En ninguno de sus rincones mencionaba esas palabras ni sus sinónimos. Y como ocurre en todo Estado liberal (como el nuestro, todavía, a pesar de todo), lo que no estaba prohibido estaba permitido. Esta sería la base de mi argumento, más allá de los aspectos propios de la realidad que resultaban desconocidos o indemostrables para los inspectores.

No pude evitar pensar que publicando estas «falencias» de la ordenanza, quizás yo estaba ayudando a «corregirlas». Es decir, denunciando esa ausencia tal vez estaba promoviendo una mayor regulación. Era posible. Sin embargo, en ningún caso yo confiaba en la capacidad de respuesta de la municipalidad. Copiar y pegar la ordenanza del año anterior era todavía una fuerza muy poderosa. Y, diría fundamentalmente, aun cuando la ordenanza se actualizara y limitara la promoción de mis libros, no la acataría. Las consecuencias serían exactamente las mismas para mí. Simplemente, construiría otro argumento, porque la injusticia, más allá de la legislación vigente, siempre provee buenas razones para ser rechazada.

Imprimí la ordenanza, la puse en un folio y la incorporé a mi equipo de trabajo ambulante, junto a los libros, mi hoja de notas, las biromes y la lupa (destinada a aquellos bañistas que bajaban a la playa sin anteojos y, sobre todo, a aquellos que pretendían utilizar ese argumento como excusa para rechazarme).

Los días se sucedieron. Yo trataba de estar alerta a la aparición repentina de los inspectores, pero mi placentero diálogo con los bañistas me empujaba al olvido del peligro inminente. Era tanta la compenetración que no solo me olvidaba de las decenas de libros ya repartidos en la playa, sino también del tiempo y del espacio. Más todavía, llegaba inclusive a olvidarme del futuro y de la muerte. Quizás por eso me gustaba tanto hacerlo.

A un nivel superficial, yo no quería encontrarme con los inspectores, pero en otro nivel más recóndito esa posibilidad no terminaba de desagradarme. Tenía mucho para decir y esa era una gran oportunidad para hacerlo.

Uno de los días que siguieron, yo estaba frente a frente con un bañista, sentado en el piso, conversando animadamente. Él también era ingeniero y tenía algunas inclinaciones artísticas. Mientras me contaba ensimismado los detalles de sus conflictos internos, percibí en mi campo visual que una serie de piernas acababan de rodearnos a unos tres metros de distancia. Algunas de esas piernas vestían jeans y zapatillas, pero otras portaban los inconfundibles pantalones azules y las botas negras. A pesar de la intensa distracción, yo seguía prestando atención a la

conversación con mi bañista y la retroalimentaba casi con exageración, como para confirmar ante nuestros rodeadores que estábamos teniendo un debate importantísimo. Mi bañista no se había percatado de nada; por el contrario, mi sobrecargado interés lo alentaba a profundizar sus reflexiones.

Los minutos pasaban. Sorprendentemente, los inspectores y los policías no se atrevían a interrumpirnos. Tal vez era mera amabilidad, aunque lo más probable era que se tratara de culpa. En cualquiera de los casos, los representantes de la ley y el orden establecido me generaron una poco esperada ternura.

Cuando la conversación volvió a mí, sin cambiar mi tono (bajo) ni mis expresiones faciales, le expliqué a mi bañista nuestra situación: estábamos rodeados. Los inspectores y los policías estaban esperándome. No, no me buscaban por un robo a mano armada o un cargamento de drogas, sino por no contar con el permiso municipal. Prioridades. Daba la impresión de que esperaban a que terminemos la conversación, una amabilidad que debía ser reconocida, pero también aprovechada. Entonces, le pedí por favor a mi bañista que me ayudara a construir un diálogo eterno.

Sin inmutarse, mi bañista accedió al pedido con un casi imperceptible gesto de su mirada. Nuestra conversación se extendió sin esfuerzo durante largos minutos. Los inspectores y los policías nos miraban. Nosotros jamás los miraríamos. Mientras esto sucedía, yo no podía dejar de preguntarme qué sentiría o pensaría mi bañista. Quizás se imaginaba tras las rejas junto a mí, sintiéndose un idiota o un héroe; o quizás se imaginaba a él mismo relatando jocosamente esta aventura miserable durante la cena, esa misma noche, ante una mesa repleta de amigos, asado y vino tinto. Así era: mientras inspectores y policías me rodeaban, yo no podía dejar de pensar este tipo de cosas.

Por si fuera poco, al mismo tiempo también, me preguntaba por los sentimientos y pensamientos de los inspectores. ¿Se sentirían desdichados por tener que interrumpir la animada conversación entre un joven escritor independiente y su lector? ¿Estarían impacientes de que esa conversación terminara? ¿Era culpa aquella fuerza subterránea que les impedía interrumpirnos? ¿O, en cambio, sentían una absoluta indiferencia ante la escena y, con la excusa de la amabilidad, disfrutaban de un grato descanso? Imposible saberlo con exactitud.

Los inspectores terminaron por comprender que la conversación no finalizaría nunca. Supongo que antes de interrumpirnos evaluaron la posibilidad de pasarnos por alto y continuar con el operativo. Por supuesto, la exposición de semejante humanidad hubiera minado su autoridad de un modo quizás irreversible.

La interrupción llegó. Fue amable en exceso, como lo había sido la espera. El discurso de los inspectores fue el mismo de siempre. A grandes rasgos, mi respuesta también. La diferencia fue que, sobre el final, saqué la copia de la ordenanza y comencé a referirla mientras desarrollaba mi argumento, algo que sin dudas los sorprendió. Los inspectores no tenían la ordenanza a mano y, de hecho, a medida que el contrapunto avanzaba comencé a sospechar que tal vez ni siquiera la habían leído.

El golpe de la ordenanza había causado conmoción en los inspectores. Era imposible no pensar en el gancho inesperado que deja aturrido y tambaleante al adversario. Alentado por semejante atmósfera de knockout, me permití ampliar el alcance de mi discurso de un modo quizás innecesario. Montado sobre los artículos de la sencilla ordenanza, me adentré en conceptos jurídicos que recordaba de la escuela secundaria. Hablé con impostada firmeza sobre el derecho natural, en contraposición al derecho positivo, y exploré retóricamente las variantes

del iusnaturalismo y la fuerza de la costumbre como fuente de derecho. Aproveché el envión de mi arremetida y situé estos conceptos en su contexto histórico, lo cual me llevó a citar de modo anticronológico a Alberdi, Moreno, Nozick, Rousseau, Locke y Hobbes. Podría haberme detenido allí —hubiera sido hasta modesto— pero no, ya no había margen para guardarse nada; había que darlo todo y seguir hasta el final, así que me extendí hasta Séneca, Cicerón, Aristóteles y Platón.

Este desarrollo argumental me tomó casi una hora. Mi bañista se había retirado hacia la segunda mitad de mi alegato, aduciendo un sol demasiado fuerte y la necesidad de un almuerzo. Los policías se habían alejado unos treinta metros para refugiarse en sus celulares. Ninguno de los bañistas que nos rodeaban seguía prestando atención. Los inspectores me escuchaban y parecían desear la muerte; yo no los culpaba por ello.

Cuando finalicé mi argumento, ninguno de los inspectores parecía impresionado; más bien, parecían aburridos. El líder se refregó los ojos, como despabilándose, y me dijo que mis palabras eran muy interesantes. Sin embargo, él estaba incapacitado para tomar una determinación concluyente, por lo cual me extendería la advertencia formal por escrito y me pediría que me acerque a la municipalidad para realizar mi descargo. Quizás aprovechando la ocasión para ejecutar una venganza personal, me anotó el nombre de una persona específica y me dio instrucciones muy precisas para encontrarla; me dijo que esta persona estaría encantada de escucharme.

Cuando regresé a casa, hice con la advertencia formal lo único que resultaba aceptable en este punto de la historia: tirarla la basura; por supuesto, junto a los reciclables.

Durante los días que siguieron, esperé el próximo encuentro con falsa indiferencia. Yo seguía escaneando la playa, aunque no estoy seguro de si lo hacía con el deseo de evitar a los inspectores o, por el contrario, de encontrarlos. Quizás ellos hacían lo mismo. No había margen para más conversaciones, pues ya había sido advertido por escrito. Yo estaba preparado para lo peor.

Cuando volví a encontrarlos aquella mañana de febrero, el marco era de ensueño. Parecía un escenario diseñado por El Inagotable para obsequiarme un final imborrable. La temperatura rondaría los veinticuatro grados; el viento era escaso, apenas una suave brisa nos acariciaba de a ratos; el mar estaba calmo, como expectante; el cielo, hermoso y limpio. Los vi venir a lo lejos. Serían unos ocho, entre inspectores y policías. Caminaban en fila a lo largo de la playa. Yo podría haberme escapado de muchas maneras: podría haberme retirado de la playa, haberme mimetizado con los bañistas o haberme adentrado en el mar; pero no lo hice. Caminé hacia ellos, de frente y sin prisa. Mi pila de libros no era lo suficientemente abundante, así que me detuve y tomé de mi mochila todos los libros que pude. Así, bien cargado, retomé mi lenta marcha hacia ellos.

Cuando estaban a unos veinte metros, los inspectores y los policías comenzaron a mirarme. Les fue imposible no intercambiar miradas a medida que me reconocían. Yo los miraba a todos, para que les quedara claro que no tenía intenciones de escaparme, pero no los saludé. No por una falta de cortesía o por alguna hostilidad hacia ellos, sino para dejarles una puerta abierta: para darles la posibilidad de no verme.

En efecto, cuando estábamos muy cerca, la fila de ocho personas se abrió disimuladamente por la mitad y pasé sereno a través de esa grieta legal que se abría ante mí. Nadie dijo nada. En el futuro, todos podríamos jurar que ese hermoso día de febrero nunca había existido.

## El sepulturero

La noche era fría y ya había alcanzado su cénit. Yo caminaba muy rápido, más para entrar en calor que para llegar pronto. De hecho, no quería llegar nunca.

La ciudad me resultaba familiar, pero esencialmente desconocida. La sentía más pequeña y deteriorada que en mis recuerdos. A medida que caminaba por sus veredas angostas, no podía evitar que las miles de calles por las cuales había transitado durante los últimos años deformaran mis sentidos y mi memoria.

Me sentía muy solo. El ambiente que me rodeaba alentaba ese sentimiento. Los ecos de mis pasos se expandían en un silencio que parecía infinito. Nadie quería volverse cómplice por cruzar una mirada conmigo. Ni siquiera un perro vagabundo se atrevía a interponerse en la soledad de mi recorrido. Ninguna distracción debía ayudarme a escapar de un dolor que crecía a medida que me acercaba a mi lugar de destino. Mi responsabilidad exclusiva debía quedar fuera de discusión.

Ninguno de esos detalles, sin embargo, lograba disimular mi angustia.

Iba camino a encargarme de una misión tan desagradable como ineludible. Una cruz con la cual todos, tarde o temprano, debíamos cargar sobre nuestras espaldas.

Nunca antes me había enfrentado a una situación de esta naturaleza, aunque siempre había sabido que tendría que hacerlo algún día.

Me enfrenté a la puerta inevitable del destino. Busqué la llave con desgano, tal vez con la remota y absurda esperanza de no poder encontrarla. Cuando di con ella, decepcionado, la miré a la luz deficiente de una luminaria pública. Tantas veces la había tenido en mis manos. Este simple reconocimiento derrumbó una de las compuertas que, emplazadas en mi pecho, contenía un verdadero río de tristeza.

Subí las escaleras. Siempre me habían parecido interminables, pero esa madrugada cruel se me terminaron demasiado rápido.

Abrí la puerta. Ella no estaba, pero pude verla en todos lados.

No supe por dónde empezar. Ese desconcierto dejó que la angustia me arrinconara y se adueñara de mí. Me senté en el piso, junto a la puerta, y me dejé estar, desconsolado. Lloré sin prisas, como no había podido o no había querido hacerlo durante las semanas previas. Podría haber postergado ese llanto, negarlo, tal vez indefinidamente, pero de ese modo nunca me libraría de su acecho.

Cuando ya no quedaban compuertas, ni río, ni (por un momento) tristeza contenida, me puse de pie e intenté dilucidar qué debía hacer a continuación. Estaba exhausto, pero el sueño me resultaba imposible.

Recorrí el lugar con pesadumbre. A medida que me movía entre los ambientes, no pude evitar la facilidad del reclamo. «¿Por qué, por qué me habías arrastrado tan pronto hasta este desenlace fatal, tan previsible como innecesario?»

En cada habitación, fui testigo privilegiado y sufriente de sus últimos momentos. Vi la cama todavía desarmada y el lado por el cual se había levantado. Descubrí la ropa del día anterior sobre la silla. Leí la página del libro marcada por el señalador, junto a la mesa de luz. Junté los platos, los vasos y los restos sobre la mesa todavía servida. Levanté la ropa muy seca tendida en el balcón. Repasé la lista de tareas pendientes (para siempre) del papel sobre el



escritorio.

Sin darme cuenta siquiera, había comenzado con mi trabajo, con la cruda faena que solo a mí me pertenecía.

Esa relativa calma de sentirme en marcha dieron lugar, entonces sí, al descanso de un día demasiado largo y cargado de ansiedades. Podría haberme acostado en el otro cuarto, el de los invitados, pero no. Ni siquiera cambié las sábanas.

Durante los pocos segundos que pude reconocerme sobre la almohada, vinieron a mi mente las siluetas de aquellos que nunca habían tenido—ni tendrían—que cargar sobre sus hombros con una situación como esa. Aquellos cuyos allegados no lo merecían, no lo necesitaban o ni siquiera existían. Casos, todos, infinitamente peores.

La luz del día llegó demasiado rápido. Supe que los sueños irrecuperables habían sido de una gran intensidad. Por suerte, la mañana era soleada. Abrí ventanas y balcones, cerrados desde hacía meses, para alentar al sol a ayudarme.

Con la luz invadiendo el interior removido, el polvo de la decadencia se hizo visible. Barrí con desgano, pero con la convicción de estar inaugurando una nueva etapa.

En la cocina, gran cantidad de comida se amontonaba en las alacenas. Una parte se había vencido poco tiempo atrás, aunque todavía parecía estar en buen estado. La saqué afuera y, ordenada, la dejé expuesta a la sombra de un árbol frente al edificio. Me pregunté si alguien se llevaría esos paquetes moribundos, sobre todo porque esa cuadra parecía desierta la mayor parte del tiempo. Dos horas después, vi desde la ventana que habían desaparecido.

Resueltas las tareas más inmediatas, pasé a enchastrarme las manos con muebles y cajones. Sentado o de rodillas, tuve que decidir sobre cientos de objetos que se acumulaban en aquellos rincones. Separé todo lo que aún conservaba algún tipo de utilidad y descarté el resto, incluyendo regalos nunca abiertos (con sus tarjetas y dedicatorias), adornos y souvenirs. Puse estos despojos en tres grandes y lúgubres bolsas negras.

La alacena del baño rebalsaba de productos de tocador. Los guardé en una gran bolsa blanca.

En su cuarto, la medicación me sorprendió por excesiva. La mayoría de las pequeñas cajas exhibían nombres que yo nunca hubiera imaginado. No tenía idea de qué eran, ni para qué, ni tampoco quería saberlo. De lo que no dudaba era de la exagerada prevención que representaban. ¿Tanto miedo le tenías al sufrimiento, a estar sola, a morir? ¿Realmente creíste que tantas pastillas te pondrían a salvo? ¿O, simplemente, no tenías alternativa? ¿Tan sola te habíamos dejado? Con el cuello repleto de angustia, guardé las docenas de cajas en una gran bolsa blanca.

Los cajones ya casi vacíos me llevaron a la documentación. Eran pilas sin fin. Me pregunté qué necesidad la había empujado a conservar cada rastro de su pasado, a aferrarse a él como si temiera perderlo. Repasé miles de páginas y, durante incontables horas que pasaron muy rápido, pude hacer una visita detallada a su organización mental, a sus planes y a sus prioridades. Rescaté algunos pocos documentos fundamentales y descarté el resto. Lo hice con pesar, ya que sentí deshacerme de un recuerdo con vida propia que, prácticamente, respiraba. Fueron cuatro grandes bolsas negras.

Las bolsas negras y blancas se fueron acumulando en la entrada principal del lugar, junto a la puerta. Parecían callados pasajeros del pasado que esperaban, en la estación terminal, su momento de partir.

Dejé como estaban los cientos de libros en los estantes. Quizás porque me gustaban los libros o quizás porque estaba demasiado cansado.

La noche se había instalado hacía varias horas. Me acosté. Mientras pude mantenerme despierto, repasé lo realizado durante la jornada. El día había estado cargado de reflexiones, alentado por el silencio y la libertad mental provistos por un trabajo manual que creía olvidado.

Al día siguiente, con la energía renovada y demasiado consciente de que lo peor estaba por venir, me dispuse a continuar con mi quehacer amarronado y terroso. El día, lluvioso, no iba a ayudarme.

En su cuarto, los placares explotaban de pantalones, camisas, bufandas, pañuelos, entre tantas otras cosas. Una a una, fui sacando esas prendas que tantas veces había abrazado. Las fui apilando sobre la cama. Me parecía increíble estar poniendo sus blusas, sus polleras, sus zapatillas—muchas de ellas sus favoritas—en esas seis grandes bolsas negras. Necesité el día entero para vaciar los roperos. Cuando terminé, me dormí sobre el piso, devastado.

El último día llegó temprano. De una forma u otra, me deshice de las bolsas negras y blancas. Lo hice apoyándome en el más feroz pragmatismo, con un imperfecto desapego, buscando alivio en la idea de que otros más necesitados podrían servirse de ese pasado —para ellos, anónimo— contenido en las bolsas.

Algo así como realizado, miré el lugar antes de irme. Lucía impersonal. Había hecho un buen trabajo, si es que tal cosa resultaba posible. Cerré la puerta del destino y salí a la calle.

Ella no estaba, pero pude verla en todos lados.

## El eterno dilema (Vida alternativa de Marx I)

*«No puedo satisfacer plenamente  
las ansias que aletean en mi espíritu  
ni gozar del reposo y de la calma  
porque se agita en mi interior un huracán.  
Querría abarcarlo todo, poseer  
los dones más hermosos de los dioses,  
penetrar en los secretos de la ciencia,  
disfrutar de los arcanos de las artes.  
No hay límites aún a mi osadía  
que me empuja a un cansancio interminable  
y destierra la apatía y el silencio  
hacia el fondo del abismo de la nada.  
No quiero vivir medrosamente  
soportando el temor a yudos mezquinos:  
se aviva cada día en mis entrañas  
el fuego del deseo, del afán y de la acción.»  
Karl Marx, poema*

Karl Heinrich Marx nace el 5 de Mayo de 1818 en la ciudad alemana de Tréveris.

Es educado en su hogar hasta cumplir la edad de doce años. En 1830, se convierte en estudiante secundario del Instituto de Tréveris.

Cinco años más tarde, ingresa en la Universidad de Bonn. Si bien desea estudiar filosofía y literatura, termina inclinándose por el derecho, en buena medida debido a las presiones de su padre, quien desea para su hijo una profesión con mejores perspectivas laborales. Tan solo un año después, dadas sus malas calificaciones, su padre lo obliga a continuar sus estudios en la Universidad de Berlín, una institución académica mucho más seria y formal. Allí, sus estudios de derecho continúan declinando, al igual que su interés y confianza en la literatura que produce. No es para menos. En cambio, crecen sus incursiones en la filosofía y en la historia.

De esa época es el poema que encabeza este escrito. En él, puede verse con claridad la batalla que crece en el interior de Marx y que no lo abandonará hasta el final de sus días. Se trata del conflicto entre su intensa vida intelectual y su profunda necesidad de acción. El eterno dilema entre pensar y hacer, entre desear y realizar, entre comprender y transformar.

Esa tensión también se manifiesta en su pequeña obra «Tesis sobre Feuerbach», donde expresa su famosa frase: «los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo». En este compendio de breves principios filosóficos, Marx crítica al antiguo materialismo por contemplativo y mecanicista; al idealismo por abstracto, especulativo y ambiguo; y a la filosofía en general por teórica, por autolimitarse a la interpretación pasiva del hombre y su historia.

Sin embargo, al mismo tiempo, Marx siente la profunda necesidad de comprender la realidad como condición indispensable para actuar sobre ella. Teme poner manos a la obra en una dirección equivocada, arrastrado por diagnósticos imprecisos. No quiere caer en el idealismo

sin fundamentos de los socialistas utópicos, más sustentado en bellos deseos que en sólidos hechos demostrables. Es por ello que busca sostener sus teorías en la fundamentación científica, algo reconocible en sus trabajos, más allá de las críticas posteriores que Popper y otros filósofos realizarán sobre su trabajo.

Marx se enfrenta a una encrucijada de difícil resolución, pues el estudio científico de la realidad lo hunde cada vez más en la lectura, la teoría y el análisis, y lo aleja de la acción a la que tanto desea abocarse. Por un momento, cree convertirse en aquello que critica. A pesar de confiar en sus convicciones (tan difícil de ser demostradas), conserva la capacidad de cuestionarse. «¿Son estas lecturas, estas reflexiones, estos ensayos, verdaderos actos transformadores? ¿Son estos estudios una parte indispensable de la acción? ¿Tengo disponible, acaso, otra forma de hacerlo? ¿Estoy convirtiéndome en un contemplativo, en un teórico, en un abstracto? ¿Puedo interpretar este trabajo intelectual como una forma de acción indirecta o, al menos, como una inversión de acción a futuro?». Cuanto más estudia y escribe, más le pesan estas preguntas.

En 1841, Marx se doctora en la Universidad de Jena. Su tesis defiende el ateísmo propuesto por Epicuro; por esa razón no la presenta en Berlín, donde los profesores son más conservadores. El logro, lejos de satisfacerlo, lo deprime, pues le sabe a superficie. Se siente vacío, a pesar de tratarse del mayor logro de su carrera académica.

A partir de esa insatisfacción, Marx comienza a perder confianza en su tarea como intelectual. No la abandona, pero deja de poner en ella toda su energía. En parte por eso, un año más tarde, Marx rechaza una oferta como columnista en el Rheinische Zeitung, un periódico con sede en la ciudad de Colonia. Aunque no puede saberlo, esa decisión le evitará, en el futuro, censuras, persecuciones y exilios.

Descartada la mudanza, Marx comienza a frecuentar diferentes grupos de trabajo comunitario en Berlín. Visita comedores, grupos de apoyo a quienes viven en la calle y mitines de trabajadores que buscan organizarse para resistir la explotación a la que se sienten sometidos por la naciente revolución industrial. A estas actividades dedica gran parte de su tiempo durante la década de los años cuarenta.

Esas contribuciones directas traen algo de alivio a su alma dividida. Por primera vez, siente estar haciendo algo concreto. Ve con sus propios ojos cómo esas almas olvidadas viven un poco mejor gracias a su ayuda. Ve manos frías aferrarse a una taza caliente como un naufrago a un pedazo de madera. Ve ojos que vuelven a vibrar, no tanto porque ahora tienen un abrigo, sino porque esa ayuda les devuelve la confianza en la humanidad. Ve en los demás voluntarios la solidaridad de los que se entregan, con generosidad, sin tener ninguna necesidad (directa, evidente) de hacerlo.

Sin embargo, el martirio ahora mitigado de Marx permanece latente en su esencia. No le resulta fácil encontrar sosiego. Cree que el mundo continúa igual de mal, a pesar de su ayuda efectiva y material a unas cuantas decenas de personas. Sospecha que su aporte es testimonial, casi egoísta, una forma de desentenderse del problema general y sistémico. Una forma de justificarse, de creer que él ha hecho su parte y que eso lo exime de la responsabilidad sobre el resto. Sabe, en el fondo, que tiene mucho más para dar.

La pulseada entre el intelectual y el voluntario recrudece, aunque ninguno de los caminos, ni separados ni juntos, le brindan una tregua. El intelectual tiene el potencial de lograr un impacto mayor, tal vez a futuro o con la ayuda de otros, al precio de que quizás no logre nada. El voluntario puede ayudar aquí y ahora, pero de una manera muy limitada, demasiado condenada a dejar intactos los problemas del mundo. Hasta ahora, no está convencido de nada de lo que hace,

pero tampoco ve otras alternativas.

Marx no puede decidirse y avanza en simultáneo con las dos caras de su personalidad hasta el punto de la extenuación, el estrés y la enfermedad.

El intelectual necesita cada vez más tiempo y energía para obtener un resultado cuyas consecuencias son inciertas. Hasta el momento, su producción ha sido ignorada por casi todo el mundo. Una de las pocas excepciones es Friedrich Engels, quien en 1849 le propone mudarse a Londres para profundizar sus estudios económicos. Luego de algún titubeo, Marx declina la propuesta.

El voluntario, por el contrario, se ve arrastrado por las urgencias de sus asistidos, quienes son cada vez más, necesitan cada vez más cosas y han encontrado en él la esperanza de un futuro mejor.

La simple dinámica de los acontecimientos empuja a Marx al voluntariado social. Elige la inapelable factibilidad del hoy por sobre el incierto idealismo del mañana. Y lo hace hasta el día de su muerte. El aporte es modesto para la talla de sus aspiraciones, pero enorme para sus asistidos de carne y hueso, quienes cultivan un verdadero amor agradecido por ese hombre barbudo, noble y orgulloso. Ese mismo que fatiga las puertas de familias acomodadas y oficiales estatales para conseguir ayudar a ese ejército de desposeídos que atiborran las calles de Berlín.

Mientras tanto, el intelectual se va diluyendo hasta desaparecer, como también lo hacen, lenta y silenciosamente, las revoluciones del futuro.

Marx muere del todo el 14 de marzo de 1883.

# Un rincón mágico

*Para Fernando y Fiona.*

«Hay en Berna un rincón mágico donde el amor sucede». Así, sin más, me lo dijo Fran, mi amigo argentino que vivía en la capital suiza desde hacía ya muchos años.

Habló con seriedad. Hubo un silencio durante el cual me quedé perplejo, mirándolo, para percibir algún gesto que me ayudara a discernir si estaba ante una metáfora, una broma o una expresión de locura. Quizás Fran, luego de tantos años viviendo entre suizos, por fin había enloquecido. Créanme cuando les digo que esto era del todo posible, aunque en un sentido muy diferente a la locura de vivir entre argentinos.

Luego de varios segundos de mirada sostenida, entendí que me lo decía en serio.

De mí pueden decirse muchas cosas; que soy un escéptico es una de ellas. Lo soy tanto que hasta he permitido que esa cualidad me arrastre hasta la desesperanza y el cinismo. Hasta la misma infelicidad.

El descreimiento espontáneo no se condicen con el estilo de un escéptico incurable. El silencio, la ironía y la repregunta maliciosa le sientan mucho mejor. Escogí el silencio. Retiré mi mirada de sus ojos y la posé de un modo difuso en el magnífico escenario que nos rodeaba.

El paisaje era idílico. El color verde predominaba, pues estábamos rodeados de bosque. Más allá de la arboleda, se asomaban las montañas altísimas, con los picos Eiger, Mönch y Jungfrau todavía nevados. El día era muy soleado, pero los cálidos rayos del sol de ningún modo eran agobiantes. El viento era mínimo y el cielo no podía estar más limpio. El río no solo me sorprendía por su color, sino también por su calma; era frío, diplomático y predecible, a imagen y semejanza de los suizos. ¿Lo habían moldeado ellos de ese modo? ¿O era el río, en cambio, el que había ayudado a forjar el imperturbable carácter helvético?

Resultaba imposible no pensar en el río, ya que nos estaba arrastrando y podíamos verlo en todas las direcciones. En verdad, era nuestro bote de goma el arrastrado y se dejaba llevar con tranquilidad por las aguas celeste-aturquesadas. El nuestro era uno más de los tantos botes haciendo Aareböötle, una de las actividades favoritas de los berneses (quienes tenían, inclusive, una guía del río con todos sus detalles, en especial los peligrosos). Antes, con el bote desinflado, habíamos tomado el tren en la estación central y viajado durante media hora hasta llegar a Uttigen. Allí, habíamos inflado el bote y nos habíamos lanzado al río para dejar que la corriente nos llevara de regreso a Berna, la hermosa ciudad que parecía más un pueblo que una capital.

Las aguas serenas del río Aare estaban todavía muy frías. Hasta el momento en que la existencia del rincón mágico se había revelado, con mi amigo habíamos alternado una relajada conversación con breves chapuzones en el río. Nadando allí, bajo el purificador efecto del agua helada, me resultaba imposible no fantasear con la idea de morir en cualquier momento.

Durante el trayecto, podía ver cómo los suizos hacían paradas intermedias a la vera del río. Sobre unas pequeñas playas de arena o pasto, preparaban unos pequeños asados mientras tomaban cerveza. Esta idea me parecía simpática, pero demasiado calculada y burocrática.

El río era también un medio de transporte. Muchos suizos que vivían en las afueras lo utilizaban para ir a trabajar: sin bote, se tiraban al río y nadaban hasta Berna, con su ropa de trabajo en una bolsa impermeable que flotaba. Por la tarde regresaban en tren, como si nada

extraño hubiera ocurrido. Es decir, esta gente iba al trabajo «en río». Una costumbre extraordinaria.

Cuando ya estábamos llegando al final del recorrido, pude reconocer la silueta de Berna en el horizonte. Más suizos me sorprendieron saltando al río desde los puentes. La sorpresa no se debía tanto a que se arrojaban desde varios metros de altura, sino a que lo hacían a pesar de la ley que lo prohibía. Poco tiempo después, yo también experimentarían esos saltos, tanto en Interlaken como en Ginebra.

No sin cierta tensión, logramos salir por una de las márgenes del río y, luego de una corta caminata, llegamos a Eichholz, donde había un gran campo de pasto en perfecto estado: verde, corto y confortable. Sobre este pastizal alfombrado, cientos de suizos disfrutaban del día soleado y, más en general, del efímero verano.

La experiencia en el río había tenido un inconfundible sabor a magia, especialmente por haberme vuelto parte de ella, fundiéndome entre sus delicados pliegues. Por supuesto, la sensación no era la misma para los berneses, pues esa era su normalidad.

¿Era ese el rincón del cual hablaba mi amigo? ¿O era tan solo su necesaria introducción? ¿Era este prelude, acaso, la manera óptima de llegar al punto cúlmine de la revelación? ¿Conformaba semejante contexto un refinado recurso para quebrar mi escepticismo? Y si lo era, ¿era mi amigo el estratega consciente de la magistral estrategia o tan solo «un juguete del destino»?

Pero... ¿cómo habíamos llegado al punto en el cual mi amigo había mencionado el rincón mágico? Pues bien, había sido una consecuencia directa de mi curiosidad e interés por las mujeres de Berna.

La primera impresión que me causaron las bernesas fue la de una belleza muy suiza, como la de un nevado paisaje alpino. Eran esbeltas, pálidas y de ojos azules. La vestimenta era relajada, sencilla y casual, por lo general con pantalones y zapatillas. Casi siempre, estaban acompañadas de una bicicleta. Hasta las más jóvenes tenían una vida sofisticada e internacional, en parte gracias a los altísimos estándares de vida de Suiza. Casi todas tenían una gran educación, hablaban varios idiomas y habían viajado por todo el mundo, incluyendo Asia, África y Latinoamérica. Por supuesto, no resulta posible tenerlo todo, y sus carencias eran fundamentales: vértigo, desafío, irreverencia, melodrama, riesgo y desmesura; sorpresa y audacia; capacidad de jugarse enteras y perderlo todo.

Ese análisis tan elocuente me importaba muy poco y estaba dispuesto a casi todo por compartir esa noche, la última, con alguna de las tantas bernesas que había visto en las calles de la apacible ciudad. Era mi expresión civilizada de ese deseo tan elemental la que había disparado la mención del rincón mágico por parte de mi amigo.

A un costado del río, ya tirados sobre el pasto y con tiempo para retomar nuestra conversación, le pedí a Fran más detalles sobre ese rincón mágico tan prometedor. Con naturalidad, mi amigo comenzó a desplegar sus explicaciones.

Había en el centro de Berna un lugar llamado Turnhalle. En rigor, era un «espacio multicultural», pero la impresión inequívoca que ofrecía al llegar era la de un gran patio cervecero. El área central (el patio), al aire libre, lindaba con la calle Speichergasse en una de sus aristas; el resto de sus límites eran los accesos a edificios de estilo centro-europeo (de unos pocos pisos). Algunas de las plantas bajas de estos edificios albergaban bares, cuyas entradas daban al patio. Y uno de esos bares era mucho más grande que los demás, al punto de contar en su interior con una disco, la cual abría los viernes y sábados.

La disco estaba ambientada con tableros de basquet, anillas y espalderas, ya que el lugar supo ser el gimnasio de una escuela; de hecho, Turnhalle significa salón de gimnasia. El centro de la disco era una pista. Desde uno de sus rincones, «la música crecía». En ese rincón de la pista, de un modo que solo podía describirse como milagroso, «el amor sucedía». Así de simple. Ese era el rincón mágico.

Mi amigo Fran terminó su explicación y se quedó callado, sin dejar de mirarme.

Yo también lo miré, sin hablar. No sabía cómo reaccionar ante semejante historia. Exigí más explicaciones, mayores detalles. Pruebas. Todas las respuestas de mi amigo conducían a una sola conclusión: el rincón mágico no traicionaba.

Yo había escuchado muchas historias en mi vida, especialmente en Buenos Aires. Había oído de parajes donde había ciertas probabilidades o facilidades; de estrategias de las más diversas, desde las más elaboradas hasta las más brutales; de las maniobras Mascherano o Martinelli. Pero todo era falible, nunca nada había garantizado el amor con semejante certeza.

Se hacía necesario atrás dejar las palabras e ir a buscar el rincón mágico esa misma noche. Era sábado; lo recuerdo bien porque en ese día de la semana la capacidad mágica del rincón alcanzaba su clímax.

La tarde avanzó y también lo hicieron los temas de conversación con mi amigo. Hablamos de Suiza y de Argentina, del pasado y del futuro, de nuestros sueños y realidades. Pero en un latente y constante segundo plano yo pensaba en una única cosa: el rincón mágico.

La noche llegó, aunque todavía era demasiado temprano. Decidimos dar una caminata con cierto sabor a turismo. Pasamos junto a los tranvías azules y rojos, bajo los techos transparentes de la Bahnhof (la estación central). Algunos minutos más tarde, me detuve a contemplar el majestuoso Hotel Schweizerhof, ambiente inmejorable para una novela de pasiones e intrigas. Atravesamos los alrededores de Reitschule, una antigua escuela de equitación que se convertía, durante la noche, en un deliberado punto ciego para la ley, porque siempre era preferible tener un delito concentrado que uno anárquico. Luego de estos escenarios rutilantes, mi credulidad se había precalentado y fortalecido.

Arribamos por fin a Turnhalle. Había muchísimas personas, la mayoría paradas, y casi todas tenían un vaso de cerveza en la mano. Varias estaban borrachas pero lo manejaban con destacable civilidad. Estuvimos un buen rato allí, bebiendo cerveza, hasta que Fran dio bandera verde a nuestro ingreso a la disco.

La disco era bastante estándar. En el centro estaba la pista que Fran había mencionado. Había una especie de plataforma junto a ella, en un nivel ligeramente superior, destinado a aquellos que gozaban exponiéndose. Sobre los laterales, tras unas columnas, había unas galerías para descansar de la zona de baile. Y sobre estas galerías, había un piso superior accesible por escalera, con vista hacia la pista.

Quizás con la intención de hacerme sentir el contraste, Fran me propuso que nos ubicáramos en alguno de los sectores «no mágicos» de la pista. Cada vez que decía algo como «no mágicos», yo me preguntaba si no debía abandonar a mi amigo y regresar a casa.

Así lo hicimos. Con un baile sobrio y anónimo, nos ubicamos en el centro de la pista. Allí permanecemos durante un largo tiempo, observando el terreno, buscando la comodidad de volvernos parte del lugar. El panorama era bastante desolador: mayoría de hombres, mujeres poco agraciadas y, quizás lo peor, absoluta indiferencia hacia nosotros. Este marco desgarrador se extendía hasta los últimos confines de la disco.

Yo estaba listo para desertar. Fran lo percibió y se decidió por fin a jugar su carta. Señaló



uno de los rincones y me dijo que allí, «donde la música crece», estaba el rincón mágico. Mi amigo tenía una gran capacidad de hablar literariamente. Miré hacia ese recodo y no vi nada especial, nada diferente a todo lo que ya había visto hasta ese momento. Lo miré reclamante. «Andá», me dijo, ignorando todos los claroscuros de mi desconfianza.

Entregado, comencé a desplazarme entre la muchedumbre masculina en dirección al rincón mágico. «Dios mío, qué estoy haciendo acá», no podía dejar de pensar. «Si en tres minutos no pasa nada, me voy a la mierda».

La sucesión de autoreclamos y mi inútil esfuerzo para que las masas semiebrias no me pisaran las zapatillas me mantenían demasiado ocupado en mirar hacia el suelo. Cuando levanté la cabeza, descubrí con emoción que el rincón mágico sí existía y que ya lo había alcanzado: ella, a quien no había visto en toda la noche, bailaba despreocupada frente a mis ojos, sin saber que el amor acababa de suceder dentro de mí.

No estaba sola. Su amiga, también hermosa, bailaba junto a ella. ¿Cómo era posible que no las hubiera visto antes?

Me detuve a contemplarlas, en especial a ella: mi amor. La busqué con la mirada, hasta que percibió mi presencia y mi interés. De a poco, comenzó a devolverme las señales, con timidez pero sin ambigüedades. Yo estaba tan extasiado que no podía creerlo.

Alentado por ese ida y vuelta visual, me fui acercando lentamente, avanzando entre la multitud que inundaba la pista. Cuando estuve a una distancia corta pero prudente, me quedé bailando solo en el lugar, sosteniendo con ella nuestra comunicación casi secreta, esperando a que el momento oportuno de acercarme llegara.

Durante esa espera, pude ver a mi amigo Fran supervisando los acontecimientos desde las galerías, con gesto tranquilo y aprobatorio, como si nada de lo que estaba ocurriendo lo sorprendiera.

El intercambio visual con Fran se vio interrumpido por una pisada sobre mi pie izquierdo. Una chica rubia, a mi lado, se sonreía y me agarraba del brazo para disculparse. No estaba sola: otras tres chicas bailaban con ella y me sonreían. Le devolví unas pocas palabras a la pisadora, quien no solo las recibió de buen gusto sino que además comenzó a hablarme con enorme determinación, sin dejar de tomarme el brazo; era posible que tuviera alguna cerveza de más. Mientras la escuchaba, pude ver cómo la preocupación crecía en mi amor, quien me miraba a unos pocos metros de distancia.

Pero también pude ver el marcado interés de una chica morocha, muy atractiva, que bailaba sola hacia mi derecha. Dios mío, ¿qué estaba pasando en ese lugar?

Esas mujeres salidas de la nada misma estaban ubicadas exactamente entre mi amor y yo. Eran una prueba de fuego. O tan solo las consecuencias abrumadoras de adentrarse en el rincón mágico. La rubia a mi lado se me representaba como un partido seguro, inmediato, aunque la cerveza de más y el grupo de amigas abrían interrogantes. La morocha estaba muy sola, me miraba y me invadía con todo su misterio. Detrás de ellas, mi amor, escoltada por su única amiga, seguía bailando y mirándome al ritmo de la música, quizás buscando recobrar la despreocupación del comienzo.

Apenas decidí dejar de lado las tentaciones para ir en busca de mi amor a cualquier precio, su amiga le dijo algo al oído y se fue. ¿Pura casualidad?

Era en ese momento o nunca. Avancé entre las bellas distracciones y, ya a su lado, abrí la tan deseada conversación. Como entregados a la parsimonia del río Aare, nos dejamos arrastrar por la noche de verano, hasta que juntos nos adentramos en la madurez de la mañana.

Era cierto. Había en Berna un rincón mágico.

# Doctora Terraza

*Para Gaby.*

A la Doctora Terraza no le alcanza con soñar. Tampoco con lanzar deseos al aire, ni con posponer las ideas que —cree— pueden aportar algo de sentido a su vida. Ella necesita expresar la realidad. Perseguirla hasta que entregue su valor escondido, el cual vislumbra gracias a los caminos multicolores abiertos por su imaginación.

Su vocación por la medicina es rotunda, una de las pocas verdades reveladas de su vida. Quizás, la única. Y dentro de ese campo amplio y noble, tiene una sesgada pasión por los niños. Ella quiere poner los días de su existencia a su servicio, especialmente al de aquellos condenados a enfrentar una muerte demasiado temprana. No está dispuesta a dejarlos partir sin pelear. Esas almas libres de culpas y pecados merecen, por lo menos, un par de sueños por los cuales luchar.

La Doctora tampoco está dispuesta a ofenderlos, indirectamente, renunciando a los propios. Como parte de ese compromiso unilateral y secreto, está determinada a no pasar su vida encerrada en un cubículo blanco de tres por tres. No solo porque no quiere verse a sí misma de ese modo, sino porque cree que es la peor forma de servir a esos pequeños luchadores. Vivir de ese modo le parece (o lo sabe, o lo intuye) una contradicción.

La Doctora no quiere volverse una autómatas ni una cinta de montaje. No quiere ser la recepcionista humana de un sistema impersonal y perverso, ni mucho menos quien deba justificarlo ante sus víctimas. No quiere ser un engranaje más de la bestial industria sanitaria. No quiere turnos de doce minutos, ni que las personas deban esperar una hora para ser atendidas. No quiere que sus pequeños pacientes lleguen tristes y pálidos a visitarla, ni que se vayan como llegaron. No quiere niños asustados, ni padres estresados. Dicho de otro modo, no quiere ser tan solo un delantal blanco más en sus vidas, especialmente en momentos tan difíciles como esos.

En cambio, ella quiere ser el rostro evocable de la esperanza. O, por lo menos, parte de unos últimos momentos con algún tipo de valor.

Por eso, la Doctora ha creado un nuevo y pequeño mundo. Se trata de su consultorio privado, el lugar donde atiende a sus visitantes enfermos.

El consultorio está montado en una hermosa terraza. Se ubica en el último piso de un edificio lo suficientemente alto de Buenos Aires, la ciudad trituradora. Allí arriba, en ese confín elevado, en esa subestimada forma de alejarse del agobio, la Doctora ha dado vida a un verdadero oasis de tranquilidad y perspectiva.

Los pisos para acceder a la terraza, vía ascensor, son muchísimos. Esa cuenta regresiva inversa es la mejor manera de sazonar con una cuota de suspenso la llegada al paraíso. Al abrirse las puertas del ascensor, el verde floral (y el generoso celeste intenso que protege a Buenos Aires) invade la vista de los visitantes.

La superficie de la terraza es un amplio cuadrado. La Doctora, a la hora de entregarse a la fantasía, hubiera preferido un espacio circular, pero ante la improbabilidad de conseguirlo decidió seguir adelante. Ella, con su propio encanto, redondearía las limitaciones angulosas de esa cuadratura eficiente.

En el centro de la terraza se encuentra el consultorio. Tiene paredes de vidrio, aunque la parte inferior está empañada para resguardar la privacidad de sus pequeños pacientes. Desde allí

adentro, sin embargo, es muy fácil visualizar el cielo y sería imposible que alguien pudiera sentirse encerrado.

Envolviendo el consultorio, se despliega una sala de espera semicerrada, especialmente útil para los días de frío o lluvia. Este ambiente en forma de «o» también está vidriado, con grandes ventanales retráctiles que pueden abrirse con facilidad cuando el clima acompaña el espíritu propuesto por la Doctora. Los asientos, mirando todos hacia afuera, son comodísimos. Junto a ellos, hay bibliotecas y mesas de juegos.

Afuera, se desenrolla un área de espera al aire libre que más bien se parece a un parque. Plantas de los más variados tamaños, formas y colores pueblan la terraza que se abre hacia los confines. Bajo sus sombras, sólidos bancos de madera invitan a disfrutar del impresionante paisaje aéreo.

Altas planchas de vidrio blindado sobre el perímetro de la terraza permiten vistas espectaculares de la ciudad. Pero, sobre todo, junto al viento fresco y salvaje de las alturas, alientan la imaginación y le dan alas para volar bien lejos, hasta el horizonte más remoto. Ni que hablar cuando llega el atardecer y las gamas de amarillos, rojos y lilas ablandan los pechos. Las lágrimas enterradas y renuentes, como un oro esquivo, son bienvenidas a fluir. Y el inconfundible sabor de estar vivo se intensifica en el paladar emocional de esas familias jóvenes atravesadas por el dolor.

En uno de los rincones de la terraza hay una parrilla. No es pequeña y no es una casualidad. La Doctora es una excelente cocinera y desarrolla allí esa veta casi artística. Luego de finalizados los turnos, suele quedarse a cenar allí e invita a sumarse a sus últimos visitantes, a quienes elige estratégicamente cuando planifica la agenda de visitas. Tampoco es impensado que cocine al mediodía y los reciba con alguna delicia. Casi siempre, los manjares son acompañados por una copa de vino tinto. Muchos de esos padres, verdaderos héroes anónimos, lo merecen y, quizás también, lo necesitan. La distancia profesional puede, casi siempre, esperar.

La Doctora tiene, también, una vida personal, aunque muchas veces le cueste asumirla y respetarla. Sabe, claro, que esa vida privada es necesaria, no solo para ella misma, sino también para balancear su vida casi pública. De otro modo, correría el riesgo de consumirse en la entrega y, con ello, desmoronarse. Y entonces, ¿quién se haría cargo de sus pequeños pacientes? Entonces, no solo usa la terraza para cumplir su rol de doctora, sino también para cocinar, tomar sol, encontrarse con amigos o practicar yoga, entre otras actividades.

Por supuesto, la Doctora muchas veces se siente rebasada. A menudo, en la soledad de la terraza, mirando el cielo estrellado, piensa en sus pequeños y llora. Tan injusta es la vida. Tan limitado es lo que ella puede hacer. Tanta es la impotencia que siente. Tan triste y absurdo le parece todo.

La Doctora Terraza ha logrado convertirse, sin proponérselo, en una atracción. Ha transformado en entusiasmo la por lo menos confusa indiferencia de los niños sometidos a un tratamiento con sabor a perpetuo. Ellos adoran visitarla, quizás porque ese rincón distante los aleja de la dura realidad que padecen, cada día, a ras del suelo. Y, claro, porque esos retoños logran percibir con facilidad el compromiso indestructible de la Doctora. Esa infantil algarabía pasajera logra, inclusive, contagiar a los agobiados padres, quienes durante algunas horas pueden recostarse sobre las anchas espaldas anímicas de la Doctora.

Son sus pequeños pacientes, de hecho, quienes la han bautizado Doctora Terraza. ¿A quién más, sino a un niño, podría ocurrírsele un título tan acertado?

La agenda de turnos para ver a la Doctora se encuentra saturada. Ella no ha tenido más

remedio que limitar la cantidad de visitas, ya que de otro modo las consultas periódicas se espaciarian demasiado. Y, de ese modo, no solo abandonaria a los nuevos pacientes, sino tambien a quienes ya se encuentran en sus manos.

Ante semejante concurrencia, algunos mercaderes le han hablado a la Doctora de clinicas, de cursos, de consultas virtuales y hasta de franquicias. Ella se ha reido mucho de ellos.

Por el contrario, la Doctora se motiva mucho mas al imaginar nuevos mundos para regalar a sus angeles condenados. Cierra los ojos e imagina disfraces para la terraza —variaciones tematicas— que cambien periodicamente y los sorprendan. O, mejor aun, proyecta reemplazar la estructura del consultorio actual por un carrusel gigante, luminoso y funcional, cuyo centro mismo sea la sala de consultas. Eso la convertiria, sin dudas, en la Doctora Carrusel. Cree que ideas como esta son un tanto exageradas y que, por eso mismo, vale la pena considerarlas.

Amo a la Doctora Terraza. Ojala algun dia exista y pueda conocerla. Pero que no sea nunca, nunca, porque necesite de su ayuda.

## La verdad de la noche

A veces, me despierto en la mitad de la noche y tengo la certeza de estar frente a una verdad. Más aún: frente a la verdad. La verdad de la noche.

Entre todas las verdades, puedo reconocerla porque, más allá de visualizarla frente a mí, es una verdad que emerge de mi propio interior. Se me presenta calma, completa y fundamental. No está hecha de enunciados que puedan ponerse en discusión. Es, ante todo, una revelación.

La epifanía ocurre durante la madrugada, cuando la posibilidad de evasión también se ha entregado al descanso. La atmósfera es limpia, como una gran llanura sensorial que se proyecta en todos los planos. Yo estoy en el centro de esta imagen extensísima, muy solo, a punto de despertarme.

De repente, alguna necesidad espiritual o física me trae de regreso al mundo que la mayoría llama real. Apenas me despierto, todavía escucho la estridulación lejana de los grillos, pero hasta esta se va apagando a medida que me adentro en ese terreno iluminado por la oscuridad. Entonces, cuando el grillar se apaga del todo, el silencio pasa a reinar y parece que durará para siempre.

El viaje desde el mundo de los sueños es inesperado. La conciencia vuelve, pero está desarmada, como un ejército en reposo nocturno sorprendido por el fuego enemigo; sin tiempo para rearmarse, se ve asediada por la más cruda claridad. Durante varios minutos, no hay defensa, ni explicaciones, ni significados. Hay, únicamente, verdad.

Abra los ojos o no, el paisaje siempre es sombrío. La cerrazón no es solo visual, sino que alcanza todos los rincones de mi existencia. Se proyecta sobre mi ser, mi espíritu y mi ánimo. Sobre el pasado, el presente y el futuro. Sobre mis logros y mis fracasos. Sobre mis deseos y mis renunciaciones. Sobre mí mismo y sobre los demás.

Las cuestiones fundamentales son las más dolorosas. Se exhiben puras y negras. Me visitan desnudas, brutales, sin el tamiz blanco que el vital optimismo destila durante el día. No hay necesidades básicas que me demanden, ni compromisos asumidos que me distraigan, ni otros desdichados que me interrumpen (y que, con ello, también se interrumpen y se brindan un descanso). No hay nada ni nadie que me rescate. Estoy solo y arrinconado.

Entonces, la verdad fluye frenética, sin ataduras; es un inmenso y gélido río de deshielo que por fin me alcanza; o mil caballos salvajes, penetrantes hasta los huesos, que galopan ruidosos hacia mí; o una violenta lluvia tropical, monzónica, que cae descontrolada y azota el inconmensurable desamparo de un campo abierto: mi alma.

Yo estoy infinitamente expuesto. Me siento estaqueado o crucificado, aunque el padecimiento no es físico. Tengo la camisa abierta y el pecho expuesto. Soy incapaz de cerrar los ojos. No tengo más remedio que ver. Y, entonces, veo.

Veó mi muerte. Está frente a mí. Me mira diáfana y serena. Es inevitable. Pone absolutamente todo en tela de juicio. Es difícil que no considere mi vida un gran extravío. Más todavía, es difícil que no me sepa un miserable. Mis acciones, mis omisiones, mis prioridades, mis decisiones, todas estas responsabilidades que nacen de mí, carecen de la menor importancia y justificación. Son irrelevantes y tristes. Todo palidece frente a una muerte inexorable que, a pesar de la probable lejanía, se aproxima.

Veó la muerte de mis padres. Y, junto a ella, la evaporación de la incondicionalidad, del

último reparo protector, de esa familiar calidez de no saberse abandonado a la propia suerte. Es la antesala de mi propia muerte. Es la última barrera que me ampara durante el día, cuando la verdad de la noche se refugia. Y no solo veo sus muertes finales y definitivas, las puntuales, sino también las que ocurren a diario y se parecen a un derrumbe en cámara lenta, al drenaje del agua en la arena, al propio desangramiento del cual me siento testigo privilegiado e impotente.

Veó mi soledad. Desprovisto del último espejismo de seguridad, me encuentro solo ante mí, inmerso en una realidad que sigue adelante a pesar de todo, muera quien muera. No hay posibilidad de detenerse. La vida me lleva a empujones hacia adelante. No solo a mí, sino a todos. Estamos o estaremos solos, y no podemos remediarlo. Porque el remedio a la soledad requiere, además de la voluntad, de un tiempo que no tenemos, ni estamos dispuestos a tener. El interés personal (si tal cosa puede existir) es prioritario y se impone. Y así vamos directo hacia la muerte, juntos, corriendo en soledad.

Por un momento, logro devolverle un golpe a la verdad de la noche. Sospecho un resquicio: me alivia la idea de volverme incondicional, de dar sin medir. El guantazo llega, puedo sentirlo, pero es efímero. No dura y me hundo, otra vez, en la pantanosa negritud de mis desatados sentimientos sin filtro.

Veó mi sufrimiento, pero todavía más el de mis queridos. La soledad no me pertenece. La angustia y el tormento que le siguen, tampoco. El dolor de los otros, especialmente el de los más cercanos, también me es propio, porque ellos son parte de mí. Entonces, aunque quiera, no logro desapegarme de sus destinos que marchan, como el mío, en una inevitable dirección de dolor creciente y terminal.

La debacle se toma un respiro. Mi memoria trae briosos personajes que interpretan la resistencia. Son el bastión que repele la idea, tan arraigada en mí, de la vida como tragedia. Por suerte, los conozco muy bien; ellos jamás verían los hechos de este modo tan pesimista y fatal. La vida les resulta una bendición. El sentido no importa. El mañana no existe; la muerte, por lo tanto, tampoco. No puedo menos que considerarlos afortunados. Pero también ingenuos que, tarde o temprano, se verán enfrentados a la verdad de la noche. Y, cuando eso ocurra, el choque entre sus suaves interpretaciones y la feroz realidad les será demasiado insoportable.

Veó un futuro repleto de vejez y enfermedad. De decadencia. ¿Puede haber, acaso, un mayor sufrimiento que verse a uno mismo apagarse a cuentagotas? ¿Existe una mayor agonía que ser el testigo privilegiado del avance implacable de las privaciones? ¿Qué desgarrador es despedirse de la propia salud! ¿Qué difícil es renunciar a los pocos placeres que la vida nos había permitido! ¿Qué angustiante es aceptar que uno se extingue! Pero más cruel todavía, ¿qué atroz es verse privado de los sueños, de una infinidad de posibilidades, de un horizonte tan abierto! Qué duro es aprender a resignarse...

¿Hay belleza, como decía Aquiles, en esta muerte inapelable, en cada uno de estos momentos que podrían ser los últimos? ¿Realmente nos envidian los dioses por eso? La verdad de la noche es concluyente: no.

Veó mi miedo a una vida equivocada. Sin dudas, mi único miedo verdadero. Porque todos morimos, pero sospecho que son pocos quienes pueden hacerlo en paz. Temo llegar al final y sentirme arrepentido. Reconocerme un cobarde. Admitir, al borde del ocaso, que siempre supe lo que quería y no tuve el valor de perseguirlo. Confirmar, frente al abismo, que los riesgos no existen y que yo, ingenuo, decidí darles vida y rendirme ante ellos. En resumen, saber que con el aval de una vida corta y absurda no fui tras mis sueños.

Sobre la superficie de mi miedo se abre, a pesar de la verdad de la noche, una hendija de

esperanza: la realización. Quizás la única oportunidad de salir algo indemne de esta calamidad que es la vida. El único y escaso recurso del que dispongo para escapar de este laberinto inexplicable que se incendia. El consuelo que trae esta perspectiva, sin embargo, dura demasiado poco.

Veo a los que sufren de verdad. A los que no tienen, ni siquiera, esa posibilidad. Sus vidas no son equivocadas, porque eso significaría que pudieron elegir; son desdichados y no hay nada ni nadie que pueda hacer por ellos. ¡Qué terrible! Por un momento, me siento ligeramente afortunado. Ni siquiera la verdad de la noche puede imponer, a todos, todas las desdichas juntas. Siempre hay un resquicio de luz para alguien. Pero no para todos. Hay desgraciados que deben sufrirlo todo, sin concesiones, aunque más no sea para que otros, como yo, puedan sentirse un poco mejor.

Así es: veo una vida injusta y sin sentido. Qué poco tiene que ver la realidad con los merecimientos. Qué difícil es obligarse a vivir adonde tantos otros sufren desde el primer momento. Un mundo donde los condenados desde el mismísimo nacimiento son interminables. Mi fortuna mínima y relativa se la debo, casi toda, al azar. ¡Cuántas veces me siento una hoja en el viento o una moneda en el aire! O, directamente, un impostor. ¿Es posible aceptar todo esto? ¿Me hace cómplice esa aceptación? ¿Se puede vivir así, entre la complicidad y el silencio? ¿Hay otro camino que no sea la culpa y la responsabilidad?

Ya exhausto de tanto ver, saturado de verdad y negrura, el desplome interior se acopla a mi cuerpo y quedo en un pesado reposo.

A veces dentro del a veces, desde la cama, escucho que alguien camina afuera. Todavía estoy agobiado; lo último de mí se resiste a prestar atención. Pero el caminante está empeñado en ganarse la centralidad de la escena. En lugar de alejarse y perderse en la muda opacidad de la noche, regresa. Va y viene tras la puerta, amparado en la noche, determinado a hacerse escuchar.

El sonido es inconfundible. Los pasos, no hay dudas, estrujan un colchón de piedras pequeñas. Sin embargo, ni afuera de mi casa, ni en el resto de la ciudad, hay colchones de piedras pequeñas. No tengo más remedio que rendirme a ese desfile cíclico y, de a poco, en la medida en que me recupero, comienzo a inquietarme.

Empujada por los pasos, la verdad de la noche comienza a desdibujarse. Se desvanece con suavidad y lentitud. La brutalidad es seguida por la quietud, a la manera de los volcanes. La alejarse con tranquilidad, como un viejo tren que se pierde en el horizonte.

El espacio vacante, dentro y fuera de mí, es ocupado por la obstinación del caminante exterior. Mi desconcierto crece y no puedo menos que enfocar todos mis sentidos en los pasos sobre las piedras. Cuando consigo hacerme del valor suficiente, me levanto, me acerco a la ventana y me asomo.

En ese mismísimo instante, el sonido de los pasos se evapora. El silencio se vuelve absoluto, como si el mundo entero hubiera enmudecido.

Junto a los pasos, cesa también su dueño, si es que había llegado a existir. Afuera no hay nadie. Miro por la ventana una y otra vez: juraría que nunca nadie pasó por allí.

En cambio, sí veo con claridad el camino de piedras pequeñas. Son blancas y brillan bajo el resplandor de la luna; porque, cuando me asomo, siempre hay luna. El camino se extiende nítido hasta donde la ventana me permite ver.

Arrastrado por la sed de respuestas, salgo de la casa, a pesar de que mi corazón late con fuerza y mis piernas amenazan con flaquear. La normalidad es absoluta. No hay camino. Algunas veces, tampoco hay luna.



Entro. Vuelvo a asomarme por la ventana. La normalidad absoluta persiste. El camino se ha esfumado, como si el aparente espejismo hubiera huido por la puerta, junto a mí, cuando salí de la casa.

Desde ese momento en adelante, las extrañezas me abandonan hasta el próximo a veces, el cual me espera dentro de una nueva cita con la verdad de la noche.

Con el tiempo, he comprendido que los pasos son tan solo una provocación, una forma de atraerme hacia la ventana. Algo o alguien, quizás la misma verdad de la noche, quiere que vea el camino blanco; es importante, aunque desconozco por qué.

Finalmente, me duermo.

Por la mañana, me despierto envuelto en la luz que invade mi cuarto. Me siento calmo y optimista, pero no llego a creérmelo. Sospecho. Aguzo los sentidos. En la profundidad de mi ser, percibo ruidos extraños. Algo, supongo que mi conciencia, busca ignorarlos; pretende, acaso, enterrar mi todavía fresco encuentro con la verdad de la noche. Insiste en su escasa importancia, en la posibilidad de un sueño, en la urgencia de las tareas que me están esperando. Pero otro algo, indomable, se resiste a la sepultura y ruge. Aúlla sobre las piedras crujientes, los caminantes de vapor y la luna resplandeciente. Grita, todavía más fuerte, sobre la ilusión del camino blanco.

La verdad de la noche es cruel, como casi todas las verdades. Pero hay, también, un camino blanco que me permite atravesarla. Un camino que, cuando voy en su búsqueda, súbitamente desaparece.

# El camino sagrado

*Para Oto y Gonza.*

Los cuarenta y cinco días de peregrinaje a lo largo de El Camino de Santiago habían dado sus frutos: una alemana, una australiana, una gallega, una brasilera, una italiana y—atención—una japonesa.

En El Camino, yo no era Juan José Sosa. Tampoco era Juanjo ni El Rosarino, como me llamaban los muchachos en Buenos Aires. Era, simplemente, El Ancho.

El sobrenombre me lo habían puesto dos porteños. Según dijeron, me habían «honrado» con un apodo porque les caía bien. Estaban bastante dementes y habían identificado a todos con apodos, especialmente a las mujeres. Además de mí, estaban Los Gallegos (un grupo de tres españoles de cierta edad), La China (una mujer de Hong Kong), Ortiba Uno, Ortiba Dos y Ortiba Tres (tres australianas que no les daban ni la hora), Plinio el Viejo, Biarru Uno, Biarru Dos, Carilinda, Las Danesas, Las Habladoras, El Indio (un inglés de piel oscura que cantaba bastante bien), Los Coreanos y Mateico (una alemana cuyo nombre era Mareike), a quien por lo general llamaban El Muñeco.

El caso de Los Coreanos merece un comentario aparte. Se trataba de un equipo de producción de televisión, venido desde Corea del Sur, que filmaba una especie de reality show sobre dos antiguas estrellas del pop coreano durante su larga marcha a Santiago. El despliegue era desmedido; serían unas treinta personas y contaban con camionetas de alta gama, cámaras de todo tipo y varios drones. Todos vestían ropas nuevas cuyo color predominante era el negro. Para no broncearse, usaban pantalones, mangas largas y se cubrían la cara con pañuelos.

La presencia de Los Coreanos era bastante permanente, invasiva y molesta. Aparecían y desaparecían de improvisto, como un enjambre negro. Las camionetas llegaban a gran velocidad, paraban en algún punto casi siempre cercano al resto de los peregrinos y todo el equipo de producción bajaba, montaba el set de filmación y se ponía manos a la obra. Algo particularmente fastidioso eran sus drones, los cuales no solo perturbaban a los peregrinos con su zumbido rasante, sino también con sus latentes vulneraciones a la privacidad. Ese sentimiento de contrariedad era compartido por casi todos los peregrinos con quienes hablé sobre el tema.

Los porteños eran una excepción y la situación les causaba mucha gracia. La consideraban «increíblemente bizarra». Además, cuando un drone aparecía en escena, le arrojaban piedras. Y, durante el camino, también lanzaban piedras a todo tipo de blancos improvisados, con el objetivo de «mejorar la puntería para cuando algún drone vuelva a aparecer». Yo les preguntaba si no temían a la reacción de los coreanos. Estaban seguros de que tal cosa no ocurriría. «Lo único que los coreanos podrían (y quizás deberían) hacer es cagarnos a trompadas, pero son demasiado civilizados como para eso», me aseguraban confiados.

Las estrellas superfamosas del pop coreano resultaban bastante deprimentes. ¡Tener que hacer todo eso por una migaja de fama o dinero! La impresión de decadencia se pronunciaba por la exageración innecesaria: las fotos antes de salir, la plegaria de rodillas ante las cámaras, el equipamiento pomposo, las marcas de los sponsors bien a la vista; pero sobre todas las cosas, el montaje. Las Estrellas ni siquiera hacían El Camino, sino que iban en las camionetas y, de a tramos, se bajaban para simular los avances.

Es cierto que Los Guiris (la manera en que los españoles llaman a Los Gringos), como Los Coreanos, también exageraban con su exceso de equipamiento, planificación e información, pero al menos caminaban, hacían todo El Camino como dios y Santiago mandaban. Esa diferenciación no significa absolver a Los Guiris, quienes muchas veces parecían hacer El Camino más para tener algo que contar que para su propio goce.

Los Guiris eran fácilmente identificables. Grandes zapatillas de trekking, medias altas, bermudas, camisas manga corta (casi siempre, a cuadros), mochilas profesionales y, no pocas veces, sombrero. Y, sobre todo, bastones de senderismo; «los bastones permiten una descarga del peso hacia ellos de hasta un veinte por ciento», aseguraba El Muñeco, una guiri hecha y derecha. El equipamiento lucía, por lo general, en adecuados tonos de verde, marrón y otros colores modernos similares, por si llegara a ser necesario mimetizarse, supongo. Las marcas preferidas eran Quechua, Columbia y The North Face. Las mochilas, sobrecargadas, a menudo contaban con elementos como bolsa de dormir, colchoneta, al menos un litro y medio de agua, medicinas varias, linterna y la guía de viaje Lonely Planet. No es de extrañar que ese equipaje desbordante produjera desmanes físicos entre los caminantes. Los dolores, sin embargo, eran funcionales a la búsqueda de historias arriba mencionada. Ser rubio y de andar mecánico, sin dudas, también ayudaba a la identificación.

Si algo atormentaba a los porteños no eran los drones coreanos, sino la posibilidad de ser tomados por guiris. A cada español que se cruzaban le preguntaban si, en su opinión, ellos mismos debían considerarse guiris. La mayoría de los españoles les explicaba que no y les describía los elementos clave que definían a un verdadero guiri. Ya en tema y tranquilizados, los porteños también deseaban saber si entonces debían considerarse sudacas. Según los españoles, tampoco eran sudacas. «Los argentinos somos argentinos», concluían los porteños con ese esperable orgullo que raya la arrogancia.

Para ir alimentándose durante la larga marcha, Los Guiris llevaban abundante fruta en sus ya pesadas mochilas. Bananas y manzanas, aunque también frutos secos. Con los porteños, en cambio, preferíamos la sutil belleza y practicidad del sánduche de jamón crudo y queso, la tortilla o el bizcocho, comprados en los pequeños pueblitos españoles que se esparcían por El Camino como destinos parciales o paradas de descanso. También había sánduches de tortilla y hasta de rabas, pero junto a los porteños los considerábamos una simple aberración.

Mi ropa y mi equipamiento eran de lo más normales. No había comprado nada especial para afrontar esa caminata de casi ochocientos kilómetros. Tenía las zapatillas que habitualmente usaba para ir a correr, unos pantalones de gimnasia, remeras comunes y corrientes, un buzo y la mochila de siempre. Los porteños, ni siquiera eso: iban en jeans, zapatillas Converse y mochilas remendadas, como si estuvieran en Buenos Aires y no en el medio del campo español.

Quizás por eso, los porteños iban más lento que el resto, aunque la razón también podía ser su animada conversación, permanente y cargada de una pronunciada gestualidad. Por la mañana, salían más temprano y yo recién los alcanzaba a mitad de camino. Seguramente lo hacían porque, a pesar de su notable despreocupación, sabían muy bien que retrasarse demasiado significaría tener que vérselas con el sol fulminante del interior ibérico. Cuando a media mañana se daban vuelta y me veían venir, se detenían para esperarme y me recibían con gran entusiasmo. «¡Eeeeeh, Ancho! Vení papá, sumate al mejor equipo del mundo», me gritaban desde lejos y reían con ganas. Yo me acoplaba con gusto y, de hecho, la mitad del camino junto a ellos se me hacía más corta, a pesar de que hacía más calor, estábamos más cansados e íbamos más despacio.

El tema de conversación que más les interesaba era el de las chicas del camino y siempre me preguntaban sobre «mis puntas». «Si nos organizamos, ...», era su filosofía de cabecera. A pesar de (o debido a) sus excentricidades, es justo decir que les iba bastante bien con las peregrinas.

A propósito de esta última palabra, debo confesar que el término peregrino y sus derivados siempre me han causado una enorme gracia. Cada vez que lo utilizo no puedo evitar hacerlo con una cierta ironía.

Este contexto variopinto fue el que me acompañó desde Saint Jean Pied de Port, en Francia, hasta Santiago de Compostela. El esfuerzo físico, más allá de las exageraciones tan presentes entre los peregrinos, había sido real. Por eso, cuando llegué a Santiago no pude menos que emocionarme. A la ya habitual extrañeza de entrar caminando a una ciudad, se sumó la dramática certeza de saber que era la última.

La felicidad era tan grande que el dolor físico se diluyó hasta volverse insignificante. Bajo ese efecto analgésico que producía la misión cumplida, llegué desde las afueras de la ciudad hasta la Praza do Obradoiro, donde me tiré al piso para descansar junto a muchos otros peregrinos que también acababan de llegar. Desde ese suelo con sabor a realización, me dejé impresionar por la monumental Catedral de Santiago.

Así me hubiera quedado toda la tarde, si no fuera porque los porteños insistían en que fuéramos a almorzar pulpo a la gallega. Parecía ser lo único que les importaba. No había en ellos emociones especiales, ni muestras de cansancio, ni entusiasmo adicional al que expresaban día a día durante la caminata. Era como si ya hubieran digerido la felicidad de llegar aun antes de hacerlo, quizás porque ya la daban por hecho. O como si sus prioridades fueran diferentes, más distribuidas y menos eventuales. Parecían encarnar en profundidad la máxima que alecciona sobre la importancia de disfrutar los caminos antes que las llegadas.

Para celebrar nuestro arribo triunfal a Santiago, los porteños pidieron vino adicional y me invitaron el almuerzo, a pesar de mi oposición estéril a ambos proyectos. Como era previsible, terminamos con un mareo «de la ostia». El calor cerril de la tarde pronunció el aturdimiento. Privados de una claridad mental envidiable, decidimos volver a la Praza, en cuyo suelo nos recostamos, pero esta vez para dormir una siesta tan merecida como impostergable.

Solo el frescor de la tarde logró despertarnos, varias horas después. El sol ya no pegaba en la Praza. Todo se veía diferente, excepto la fila de visitantes a la catedral que parecía ser permanente y se extendía dentro de un clásico laberinto de vallas. La observamos durante varios minutos. Avanzaba con demasiada lentitud y no parecía hacer diferencia entre niños, adultos y viejos, ni tampoco entre peregrinos colapsados que recién llegaban a pie y turistas burgueses que vestían sus mejores ropas. Asumimos que las personas en la fila buscaban conocer el interior de la catedral. Decidimos que haríamos la visita al día siguiente, bien temprano, antes de que el sol y los nuevos peregrinos llegasen.

La noche pasó y un nuevo día se abrió ante nosotros. Llegamos tarde a la fila frente a la catedral, como a las once de la mañana. Las razones fueron varias, pero la verdad era una sola: la cultural impuntualidad. Los Esperadores en la fila se contaban de a decenas y, con el correr de los minutos, estimamos que tendríamos que esperar por lo menos dos horas. Ya no había margen para volver atrás: esperaríamos.

Los porteños eran adeptos a la lectura. Uno de ellos descargó el artículo de Wikipedia sobre la catedral y se puso a leerlo en voz alta. El artículo era bastante insoportable, pero la espera lo era aún más, así que podría decir que hasta lo disfrutamos. De alguna manera que ya no

recuerdo, la lectura derivó en el wikiartículo sobre Napoleón. Y de ahí, de un modo todavía más misterioso, descendió hasta un desopilante artículo de la Revista Anfibia titulado «¿Puede una hinchada putear a sus propios jugadores?».

Mientras las lecturas transcurrían, nos sobresaltó un tumulto en la fila, detrás. Dos de Los Esperadores habían comenzado a pechearse y gritar, mientras las personas a su alrededor trataban de calmar los ánimos o apoyaban de manera confusa a alguno de los contendientes. Al parecer, uno de ellos había intentado colarse. Luego de algunos forcejeos, la situación pareció normalizarse. Pero unos minutos más tarde, cuando ya habíamos olvidado el incidente, la refriega resurgió y, justo cuando giramos para intentar comprender qué estaba pasando, vimos cómo el puño de uno de los posibles devotos de Santiago impactaba de lleno en la cara redonda y roja del otro, a quien solo la contención de la muchedumbre que lo rodeaba le evitó una caída de knock out. La masa de supuestos fieles bramó, quizás conmocionada por ese demoledor gancho derecho, pero también buscó separar a los contendientes y evitar más violencia. «¡Queremos sangre!», gritó uno de los porteños. Alguien llamó a la policía. Un oficial se acercó y, con un desgano ineludible, intentó comprender lo que ocurría. Posiblemente sin lograrlo, y viendo que todo parecía bajo control, dio un par de indicaciones muy generales y se retiró.

Una cuestión a destacar, de la cual no me enorgullezco, es que no estábamos seguros sobre qué nos esperaba en la catedral. No se trataba, simplemente, del ingreso al edificio, ya que antes de sumarnos a la fila habíamos descubierto otras tres entradas que no requerían de una espera para ingresar. En la búsqueda de una explicación, encontramos plausible estar a las puertas del mismísimo santo sepulcro de Santiago. Hasta quizás estuviera embalsamado y expuesto como Lenin en la Plaza Roja de Moscú. Con un poco de vergüenza, se lo preguntamos a las personas que teníamos detrás: para ellas, era el ingreso a la catedral, y desconocían las otras entradas. Los de adelante: no estaban seguros. Los del costado: el santo sepulcro de Santiago. Los del otro costado: la iglesia primitiva, aunque no sabían muy bien de qué se trataba. Dios mío, perdónanos, porque no sabíamos lo que hacíamos. Al menos, la espera tenía el condimento de la sorpresa.

Por fin, llegamos a las primeras posiciones y los guardias nos habilitaron el paso. Siempre afuera de la catedral, subimos unas escaleras hasta un piso superior, donde había una especie de terraza lateral externa. En ella, había una gran superficie, unos grandes portones cerrados y un gran televisor proyectando unas imágenes sobre la restauración de unas esculturas, sin sonido ni subtítulos. Los Esperadores se agruparon frente a la pantalla, en silencio. Los porteños estaban inquietos. «No esperamos dos horas para ver una pantalla», murmuraban, mientras iban y venían sobre la superficie. Un par de veces, empujaron los portones, pero un guardia les advirtió que no volvieran a hacerlo. La espera en la terraza se prolongó durante unos diez interminables minutos. Luego, un guardia abrió uno de los portones. Los Esperadores anteriores salieron del interior de la catedral y bajaron, tras lo cual fue nuestro turno de acceder al misterio.

El Pórtico de la Gloria era la obra para la cual habíamos esperado casi dos horas. Un conjunto escultórico de estilo románico realizado por el Maestro Mateo durante el siglo XII, en el cual se buscó representar la Jerusalem Celeste. Había sido restaurado durante casi nueve años y ahora se abría al público para su deleite. ¡Qué decepción! No es que la obra no fuera de nivel o que Mateo no fuera un verdadero maestro, sino más bien que teníamos una gran ignorancia en la materia y una absoluta falta de precisiones sobre lo que nos esperaba. El Pórtico de la Gloria era, sin dudas, un nombre que no ayudaba a satisfacer expectativas. La decepción del resto de Los Esperadores no me pareció menor.

No era posible tocar El Pórtico ni tomarle fotografías. Para asegurarse de ello, había dos guardias de seguridad que, ubicados bajo la escultura, miraban hacia los portones de entrada. Detrás de El Pórtico, una cinta blanca separaba la obra del resto de la catedral.

Apreciamos la obra durante unos minutos, luego de los cuales nos encontramos en una situación extraña, dado que no sabíamos muy bien qué hacer. Los Esperadores que nos acompañaban parecían estar en una situación similar, ya que no miraban El Pórtico y, en vez de eso, conversaban entre ellos o miraban sus teléfonos. Afuera, mientras tanto, el estoico resto de Los Esperadores soportaba el dolor de los pies cansados y comenzaba a calcinarse con el sol de la tarde.

Ante la situación insostenible, los porteños intentaron abrir uno de los portones para marcharse, pero uno de los guardias se los impidió; no podían irse, debían esperar al fin de la visita y salir junto al resto. Le preguntaron entonces si podían cruzar la cinta blanca y pasar hacia la catedral. La respuesta fue «no», sin explicaciones adicionales. Los porteños no estaban demasiado habituados al concepto de «no». Visiblemente molestos, rodearon El Pórtico, pasaron por detrás del otro guardia, cruzaron la cinta blanca y se perdieron entre las veintenas de turistas que habían accedido a la catedral por alguna de las otras tres puertas. La maniobra evasiva me pareció trivial, así que repetí el movimiento y logré liberarme de El Pórtico y su burocracia.

Hice una caminata vacía por el interior de la imponente catedral. En una de las tantas minicapillas contiguas al corredor lateral, se celebraba una misa en polaco. Hacia el final del corredor, se levantaba un gran proyecto de restauración sobre una de las paredes. El ambiente era muy dinámico. Llegando a la zona del altar, había una pequeña fila de personas y los últimos en ella eran los porteños. «Anchooo, maestrooo», me invitaron con señas a sumarme, cosa que hice sin cuestionarme, pues ya había asimilado la discutible costumbre de dejarme arrastrar por sus ocurrencias. Les pregunté para qué era la fila, pero entre risas reconocieron que no lo sabían. No habíamos aprendido la lección.

Delante nuestro, a una mujer le sonaba el teléfono. No solo tardaba en reaccionar, sino que además lo atendía. «Ya te dije que ahora no puedo, ¿por qué me llamás de nuevo? No, decile que no, ahí no lo va a encontrar, a ver, pasamelo...». De ese modo, el diálogo se reabría de manera incesante, ante la mirada desaprobatoria del resto de las personas de la fila. Ante la tercera llamada, un guardia intervino en la escena y, con un gesto desaprobatorio, le pidió que apagara el teléfono. «Bueno, te dejo, te dejo, porque hay un guardia acá que no me deja hablar... sí, fijate ahí donde te dije, sí, ahí, detrás de la mesada... chau, chau, te dejo, un beso a Mario, chau.»

Por suerte, la fila no solo era corta, sino que avanzaba muy rápido. Pude percibir que subía hacia un área justo detrás del altar. Cuando llegamos arriba, quedamos pasmados: de a uno, los fieles pasaban al corazón de la estructura y abrazaban, desde atrás, un busto bastante grande del mismísimo Santiago. Los porteños se habían tentado, pero eso no les impidió brindarle un largo y sentido abrazo al apóstol. Yo me sentía un poco incómodo con la propuesta, así que cuando llegó mi turno, pasé, eché un vistazo a todo el pequeño sector y seguí de largo. Elegí pensar que el pobre santo valoraría mi gesto de ahorrarle, al menos, uno de los tantos abrazos caraduras a los cuales estaba sometido sin descanso.

Superada la prueba del abrazo, nos sentamos en uno de los bancos de las primeras filas, más para descansar que para entregarnos a la oración. Desde allí, podíamos ver los bracitos de los fieles aparecer sobre el pecho de Santiago, situado en lo alto del altar. Nos quedamos en silencio varios minutos, como si estuviéramos reflexionando.

De repente, los porteños intercambiaron unas palabras en voz baja que no llegué a

descifrar. Uno de ellos me aclaró la cuestión: «Ancho, ¿rajamos de acá y vamos a comer un pulpito a la gallega?».

Esa tarde fue la última en Santiago y también la última que compartí con los porteños. Volví a verlos tiempo después, en Buenos Aires, pero ya no era lo mismo, ni volvería a serlo. Eran otras personas. Y yo también lo era.

## Para qué levantarse

*«¿Qué es un hombre rebelde? Un hombre que dice no.»  
Albert Camus*

Hasta hoy, hacía días que no me levantaba. Tal vez semanas o hasta meses, no estoy seguro. Hundido en la sinrazón, también había perdido el interés en contabilizar el paso del tiempo.

El por qué no me levantaba era muy claro: no tenía razones para hacerlo. Esta misma explicación, sin embargo, no era ni simple ni contundente. Durante mucho tiempo sí me había levantado, a pesar de no contar con razones para hacerlo.

Cuando digo que no me levantaba, me refiero a eso que cualquiera puede imaginarse. Por la mañana, cuando sonaba el despertador, simplemente lo apagaba y me quedaba en la cama. A veces continuaba durmiendo, a veces remoloneando y a veces buscando razones para levantarme. Estos tres estados se alternaban y fundían de modos diversos, en especial durante la mañana. A medida que el día avanzaba y el sueño se agotaba, el remoloneo todavía tenía lugar, pero sobre todo crecía la búsqueda de razones para levantarme. Y no podía encontrarlas.

Tras varios días así, dejé de programar el despertador.

Con el despertador o sin él, transcurría en la cama el día completo. Por supuesto, con el pasar de la horas, no tenía más remedio que movilizarme para ir al baño o comer algo, obligado por las necesidades físicas más elementales. Necesitaba también estirarme un poco, ya que tantas horas de postración terminaban por agobiarme el cuello o la espalda. De a ratos, deambulaba por la casa sin un criterio preciso o me sentaba en una de las sillas mientras me perdía mirando a través de la ventana. Otras tareas indispensables, como recibir los pedidos de comida o sacar la basura, también me obligaban a dejar la cama de ese modo superficial e inevitable que no alteraba en lo más mínimo la pasividad fundamental en la que había elegido establecerme.

Más allá de que posaba mis pies en el suelo, me erguía sobre ellos y caminaba un poco por la casa, lo justo es decir que no me levantaba. Lo que ocurría, en verdad, era que me extendía desde la cama, como lo hace un brazo cuando se estira desde el cuerpo. Lo hacía siempre en pijama, pantuflas y envuelto en mis mantas. Yo era una pequeña nave exploradora que dejaba la nave camanodriza y se aventuraba en un más allá bastante cercano durante unos pocos minutos; o un satélite atrapado en la gravedad del astro camístico principal; o una verdadera cama ambulante, hija y dependiente de la principal. Luego de estas humildes expediciones, volvía a la cama y me entregaba una vez más a la búsqueda de al menos una justificación que me permitiera ponerme de pie, pero de verdad.

Si ahondo en esos detalles no es para perder el tiempo, sino para buscar la comprensión por el más largo camino del reverso.

La imagen, debo admitirlo, era deprimente. Sin embargo, no me sentía deprimido. O, por lo menos, no me sentía con ganas de morir. Por el contrario, me sentía extremadamente vivo; más todavía: hacía años que no me sentía tan vivo. Yo no quería dejar de vivir, sino todo lo contrario: quería vivir plenamente. Por eso me retiraba del mundo exterior y de mi vida equivocada en él. Eso no significaba estar bien, pero era un inmejorable punto de partida. Mucho peor era estar mal y, además, sentirse al borde de la muerte.



Los deprimidos, muchas veces, no admiten su depresión. Cabía la posibilidad de que yo sí estuviera deprimido, más allá de lo que acabo de decir. Si ese era el caso, las consecuencias relativas no variaban demasiado. No estaba más deprimido que antes, cuando todavía me levantaba. Simplemente, abandonado en la cama, mi vida era consistente con ese estado. Me había hecho cargo. Había encarnado mi posible depresión y la vivía en plenitud. Ya no escapaba de ella. No estaba dispuesto a seguir fingiendo que no necesitaba razones para levantarme. Y si lo estaba, aquellas que me había inventado resultaban insuficientes.

Esto era muy difícil de comprender para los demás.

Mis empleadores, por ejemplo, no solo lo consideraban incomprensible, sino también inaceptable.

— Buen día Juan, hace tres días que no venís a la empresa y no tenemos ninguna noticia tuya.

— Es cierto, les pido disculpas, aunque solo por la falta de noticias.

— ¿Por qué no estás viniendo?

— No voy a mentirles. No tengo razones para levantarme. Ni, mucho menos, para ir a la empresa.

— Mirá qué interesante. Tenés un compromiso asumido, te estamos pagando y estás perjudicando a tus compañeros. A mí me parecen muy buenas razones.

— A mí no, aunque de verdad lo siento.

— Necesitás el dinero para vivir, quizás esa te parezca mejor.

— No, de hecho, me parece peor.

— Ah, fenomenal. El señor no necesita dinero para vivir.

— Tengo algunos ahorros. Con suerte, en unos meses habré encontrado una razón para levantarme.

— Juan, no podemos esperarte «unos meses». Y menos para eso.

— Lo sé.

— Vamos a tener que despedirte.

— Adelante.

La economía suele ser la primera en darse cuenta de que las cosas van mal. Es muy difícil engañarla, por más que millones de voluntariosos aún lo sigan intentando.

Las madres suelen ser las segundas. A mi madre solo pude engañarla un poco más. La noticia llegó rápido a su todopoderosa percepción y, probablemente antes todavía, a su todopoderoso oído. Algunos dicen que las madres siempre comprenden. Otros dicen que nunca.

La mía, en este caso al menos, no comprendía.

— Juani, vos no estás bien, a mí no podés engañarme.

— Es cierto... no estoy bien. Hace mucho que no estoy bien.

— Pero ahora dejaste el trabajo. Esto es grave.

— Siempre fue grave.

— Estoy preocupada.

— Siempre estás preocupada. Como verás, nada ha cambiado.

— No seas malo, Juani.

— Mirá el lado positivo: ahora, al menos, lo sabemos.

— Voy a ir a verte.

— No, por favor, eso no.

— Entonces voy a decirle a El Tío que vaya.

—No, mamá, te pido que... mamá, hola, hola...

El Tío era el Doctor Mosquera, el clásico doctor amigo de la familia. En realidad, era amigo de mi madre, pero luego de escuchar sobre él durante años en las mesas familiares resultaba muy difícil hacer esa diferencia. Lo había escuchado todo: sus diagnósticos, sus opiniones sobre los temas más diversos, sus viajes a los congresos y hasta los avatares de sus familia. Yo sabía más sobre Julia María y Darío Abelardo Mosquera—sus hijos—que sobre mis primos, algo sin lugar a dudas aterrador, especialmente para los jóvenes Mosquera si llegaran a enterarse (por cierto, el nombre Abelardo, aunque segundo, siempre me había parecido imperdonable; pobre Darío).

El Doctor Mosquera era médico psiquiatra. Había atendido a la madre de mi madre—mi abuela—durante varios años. La había ayudado a sobrellevar una enfermedad terminal. Y también le había dado consejo y apoyo a mi madre. Era un gran profesional, aunque se comprometía (y se entrometía) demasiado. Yo sabía que durante las próximas horas recibiría su visita no requerida e indeseada.

Sonó el timbre. Me levanté envuelto en mis mantas, muy despeinado, y abrí la puerta. La imagen seria, pulcra y provida del Doctor Mosquera se apareció ante mí. «Buen día, Doctor Mosquera». A pesar de mis deseos más primitivos, lo hice pasar. Este hombre, después de todo, había ayudado con vocación envidiable a mi abuela y a mi madre.

Nos sentamos a la mesa, aunque yo hubiera preferido recostarme en la cama y hablarle desde ahí.

—Qué pasa, Juani.

—Me llamo Juan.

—Sí, perdóname, es que así te llama tu madre cuando conversamos.

—...

—Me dice tu madre que estás mal. A juzgar por lo que veo, no está muy equivocada.

—Es cierto. Lo que no le dijo es que antes, cuando no me veía así, también estaba mal.

—Y por qué estás así.

—No sé para qué levantarme.

—¡Vaya novedad! Nadie sabe para qué levantarse. De eso se trata la vida, justamente, de seguir adelante a pesar de todo. A pesar del sinsentido. Y si creés en Dios, tenés que saber que Él tiene un plan para nosotros, aunque a veces no lo comprendamos.

—No creo en dios. Y estoy buscando razones, no un plan incomprensible.

—¿Y qué vas a hacer mientras tanto? ¿Vas a quedarte acá hasta encontrarlas, como Pascal?

—Sí.

—¿Y si las razones están afuera?

—En ese caso, saldré a buscarlas.

—Muy bien. No me parece que estés deprimido, sino más bien un poco turuleco. Voy a dejarte mi número y si creés que puedo ayudarte, como médico o como persona, me llamas.

—De acuerdo, gracias.

Con letra impenetrable, el Doctor Mosquera escribió su número en un papel y lo dejó sobre la mesa. Yo me puse de pie. Siempre envuelto en mis mantas, fui hasta la puerta y la abrí para que el Doctor Mosquera pudiera irse. «Adiós, Doctor Mosquera». Turuleco, qué hijo de puta.

Mi madre creía en dios. Y, justo después, creía en el Doctor Mosquera. El diagnóstico médico le trajo alivio y, gracias a ello, pudo dejarme en relativa paz durante las semanas que

siguieron.

Esta calma recuperada, hecha de ausencia de diálogos e interrupciones, me permitió regresar a mi estado meditativo, siempre sostenido desde la cama.

Sentí, sentí y sentí. Reflexioné, reflexioné y reflexioné. Imaginé, imaginé e imaginé.

Ha pasado desde entonces un tiempo inconmensurable.

Pero las cosas han cambiado. Como dejé traslucir en la primera línea, hoy sí me he levantado. Me afeité, me bañé y me puse mis mejores ropas. Salí a la calle a buscar un desayuno. Miré a las personas. Disfruté del sol y los árboles. Sonreí. Creí en el futuro. La razón que me ha permitido esta renovada convicción es frágil, posiblemente efímera y hasta quizás equivocada, pero también un refugio desde el cual seguir adelante. Claro que puedo revelarla. Está ante ustedes. Y este es su punto final.

## La revolución ilimitada (Vida alternativa de Marx II)

*«Es perfectamente vano especular sobre si Marx se hubiera horrorizado al contemplar cómo, en nombre de la fidelidad a una ortodoxia marxista, millones de seres humanos eran arrojados a las tinieblas exteriores o enviados a la muerte. Tan inútil como pretender que el proyecto de Marx se une a una supuesta cadena causal con las realizaciones prácticas de los marxistas. El Estado soviético liquidó durante los años treinta a un buen número de sus fundadores: nada garantiza que, en nombre del marxismo, no hubiera liquidado también a Marx de haber tenido la posibilidad física de hacerlo.»*

*Werner Blumenberg, historiador, escritor y político alemán.*

Karl Heinrich Marx nace el 5 de Mayo de 1876 en la ciudad alemana de Tréveris.

Es educado en su hogar hasta cumplir la edad de doce años. En 1888, se convierte en estudiante secundario del Instituto de Tréveris. Poco tiempo después, el colegio es intervenido por la policía debido al exceso de literatura liberal y muchos de los docentes son reemplazados. Marx no tiene forma de saber que, medio siglo más tarde y en nombre de sus ideas, muchos de sus seguidores producirán la misma escena miles de veces.

Cinco años más tarde, ingresa en la Universidad de Bonn. Si bien desea estudiar filosofía y literatura, termina inclinándose por el derecho, en buena medida debido a las presiones de su padre, quien desea para su hijo una profesión con mejores perspectivas laborales. Tan solo un año después, dadas sus malas calificaciones, su padre lo obliga a continuar sus estudios en la Universidad de Berlín, una institución académica mucho más seria y formal. Allí, sus estudios de derecho continúan declinando, al igual que su interés y confianza en la literatura que produce. En cambio, crecen sus incursiones en la filosofía y en la historia.

Cuando termina sus estudios universitarios en 1899, Marx se muda a Colonia. Allí, comienza a escribir en el Rheinische Zeitung, un periódico de tradición liberal fundado años atrás por un grupo de ciudadanos acomodados. Marx se suma a una línea de colaboradores notables que se han ganado el mote de «Los Libres». A partir de los debates planteados en ese ámbito, incursiona en el estudio de la economía.

A través de las páginas del Rheinische Zeitung, Marx critica con dureza a los gobiernos europeos continentales (en su mayoría, monárquicos), pero también a otros intelectuales, tanto liberales como socialistas. Debido a la radicalidad de su contenido, el periódico se enfrenta a las oficinas de censura del gobierno prusiano. Luego de un período de tensiones y revisiones editoriales, el gobierno termina por cerrarlo.

La censura sobre el Rheinische Zeitung es criticada por Marx a través de otro artículo en el periódico Deutsche Jahrbücher. El gobierno no duda en censurar el escrito y, por si acaso, cierra también el periódico.

La creciente persecución por parte del gobierno prusiano empuja a Marx al exilio.

En 1900, se muda a París y se incorpora a otro periódico radical de origen alemán, el Deutsch-französische Jahrbücher, hasta entonces liderado por el socialista alemán Arnold Ruge. Debido a las diferencias entre Ruge y Marx, pero también a las dificultades de hacer llegar la publicación a Alemania, el periódico cierra.

Gracias a sus artículos en todos estos periódicos, Marx atrae la atención de Friedrich

Engels, otro socialista alemán a quien había conocido en Alemania un par de años antes. El reencuentro ocurre en París y da lugar a una amistad que durará hasta el último de sus días.

Un año más tarde, Marx comienza a escribir en *Vorwärts!*, el último periódico de origen alemán libre de censura en Europa. El gobierno francés (a pedido del alemán) cierra el periódico y expulsa a Marx de Francia.

Marx se muda a Bruselas, donde es aceptado por el gobierno belga con la condición de que no publique contenido político durante su estadía. Marx cumple a medias, ya que viaja a Londres y publica el famoso Manifiesto del Partido Comunista. Además, de regreso en Bruselas, se involucra de manera directa en acciones revolucionarias junto a grupos de trabajadores. Tras las acusaciones del gobierno belga, debe dejar el país para evitar la cárcel.

La situación en Alemania parece haberse quietado, así que Marx regresa a Colonia, donde publica un panfleto (derivado del Manifiesto) y un nuevo periódico, el *Neue Rheinische Zeitung*. Como es de esperar a esta altura de la historia, en 1903 el gobierno prusiano cierra el periódico y lo expulsa de Alemania.

Marx regresa a París, pero también es expulsado de allí, por ser considerado una amenaza política. Ya sin demasiadas opciones disponibles, se refugia en Londres, la ciudad capitalista por excelencia.

Ese mismo año, se celebra en Londres el Segundo Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR). En ese evento, Marx conoce a Lenin y participa activamente en los debates sobre cómo abordar la creación de un partido unificado a partir de las agrupaciones socialdemócratas rusas. Las diversas posiciones van decantando en dos grandes grupos. Por un lado, los bolcheviques, más revolucionarios y extremistas, proclives a una alianza del proletariado con los campesinos, liderados por Lenin. Por otro, los mencheviques, más moderados y reformistas, proclives a una alianza del proletariado con la burguesía, liderados por Martov.

Durante su argumentación, Marx no puede evitar su crítica a las posturas de Lenin, pues considera que su propuesta de organización partidaria podría conducir, en un eventual gobierno, a una dictadura. A pesar de su personalidad temperamental y disruptiva, Marx se muestra moderado y enfatiza la necesidad de lograr la unidad, ya que ambas corrientes comparten los mismos principios y las diferencias entre ellos deberían tolerarse. Los esfuerzos son insuficientes, el Congreso fracasa y el partido queda fracturado. A pesar de ese resultado, Marx se gana la confianza de los líderes rusos y permanece en estrecho contacto con ellos.

Un par de años más tarde, se desata en Rusia la Revolución de 1905. Haciendo uso de un pasaporte falso, Marx viaja allí para unirse a los rebeldes. Ya en San Petersburgo, se convierte en uno de los organizadores principales del Primer Soviet. Participa activamente en el diseño conceptual de panfletos, proclamas y discursos, además de asumir un rol principal en la organización del periódico *Izvestia*. Desde su destacado lugar, continúa promoviendo el entendimiento entre bolcheviques y mencheviques.

La Revolución no consigue terminar con el gobierno zarista. Es considerada un fracaso por los bolcheviques, más allá de los cambios institucionales conseguidos (dictado de una Constitución, creación de la Duma de Estado, creación del Consejo de Estado). El gobierno zarista inicia una intensa persecución de los líderes revolucionarios. Marx logra escapar y regresa a Londres.

Reestablecido en la capital inglesa, Marx se dedica a la reflexión sobre los acontecimientos que acaban de tenerlo como uno de sus protagonistas. A pesar de sus ideas iniciales, las cuales

suponían indispensable un capitalismo desarrollado como precondition del socialismo, lo que acaba de vivir en Rusia (cuyo desarrollo capitalista es todavía pobre) le demuestra que la revolución es también posible en otros contextos. Ahora, debe comprender por qué y cuáles son los medios para lograrlo. En esa exploración intelectual, simpatiza con Trotsky, a quien había conocido en San Petersburgo, cuyas ideas de «revolución permanente» encuentra razonables y asequibles. A diferencia de lo que creen bolcheviques y mencheviques, Trotsky considera que el subdesarrollado proletariado ruso no debe asociarse con los campesinos o la burguesía, sino, como parte de una visión internacionalista de la revolución, con los proletariados más fuertes de sus vecinos europeos.

Como parte de sus reflexiones sobre la revolución, Marx se dedica al estudio de la economía política y el capitalismo. El resultado de esos estudios son los libros *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, *Grundrisse* (un conjunto de notas y ensayos cortos), *Contribución a la crítica de la economía política*, *Teorías sobre la plusvalía* y, posiblemente su obra más famosa, *El Capital*.

Durante este período, Marx concibe el polémico concepto de «dictadura del proletariado». En su concepción, esa «dictadura» es un período de transición entre el capitalismo y el comunismo. Este estadio final, el verdadero comunismo, implica una sociedad sin clases y sin Estado.

La discusión sobre el Estado es planteada, también, en la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional), cuyo Consejo General tiene su sede en Londres. En su seno, Marx se enfrenta a la corriente anarquista liderada por Bakunin, quien señala que los conceptos marxistas conducen inexorable a «un poderoso Estado centralizado». Y pocas cosas quieren menos los anarquistas que un Estado centralizado y poderoso.

La economía personal de Marx, mientras desarrolla su trabajo intelectual, es extremadamente endeble y sobrevive gracias al apoyo de su amigo Engels. A pesar de esas dificultades, Marx nunca abandona sus estudios ni se plantea otro tipo de trabajos. Tampoco otro estilo de vida. En palabras del historiador alemán Werner Blumenberg, «Marx es un sólido burgués victoriano. No es un obrero ni participa de la condición obrera, sino que es un organizador y un teórico de la clase obrera».

El Quinto Congreso del POSDR también se realiza en Londres, por lo que Marx puede asistir con facilidad. Allí conoce a otras grandes figuras socialistas, como Gorki y Rosa Luxemburgo. Con esta última, Marx desarrolla una gran afinidad política. En ese evento, sigue remarcando la necesidad de acercamiento entre bolcheviques y mencheviques. La tensión política con Lenin se acentúa.

En 1912, durante el Sexto Congreso del POSDR, en Praga, Lenin proclama a su fracción bolchevique como la única del partido. Marx lo critica con dureza por ello y sigue llamando a todas las partes involucradas a remediar la fractura. Debido a esta reacción, Lenin acusa a Marx de traidor al partido y lo llama «Judas Marx».

A pesar de ello—y con la Primera Guerra de por medio—, Marx se permite un mayor acercamiento a los bolcheviques, por considerarlos el único vehículo real disponible para alcanzar la tan ansiada revolución. Además, con los países vecinos colapsados por la guerra, recalibra la importancia del campesinado ruso como medio activo para la toma del poder.

Llega el año 1917 y estalla en territorio ruso la Revolución de Febrero. Marx viaja a Petrogrado (el nuevo nombre de San Petersburgo) para participar de los acontecimientos. La revolución significa la caída del zar Nicolás II y el fin de la monarquía en Rusia. Surge un Gobierno Provisional, sostenido por una frágil alianza entre socialistas y liberales. Marx se suma

al Soviet de Petrogrado. Allí apoya el planteo de Lenin: es necesario derrocar al Gobierno Provisional y formar un gobierno socialista. De esta manera, Marx queda identificado de manera inequívoca con las posiciones bolcheviques.

En Octubre del mismo año, se produce la Revolución Rusa. Los bolcheviques toman el poder, con Lenin a la cabeza. Marx sigue creyendo que el gobierno debe ser bolchevique, pero no considera necesario ni conveniente perseguir a mencheviques y otros socialrevolucionarios. Junto a Lenin, Stalin, Trotsky y Sverdlov, Marx conforma el selecto Comité Central Bolchevique. No posee, sin embargo, cargos oficiales en el nuevo gobierno.

El cambio forzado de gobierno da lugar a la Guerra Civil Rusa, la cual se extiende en esencia hasta 1920 (aunque persisten resistencias aisladas hasta 1923). Durante estos años hay invasiones rusas a Polonia, Ucrania y Georgia. La economía está literalmente quebrada. El Comité Central debe tomar numerosas y difíciles decisiones, muchas de las cuales provocan un natural desgaste entre sus miembros. En particular, Marx ve deteriorarse su relación con Lenin y Trotsky, debido a sus propuestas de militarización económica y totalitarismo político, y sobre todo con Stalin, a quien considera más comprometido con su proyecto personal de poder que con la revolución.

Con la muerte de Lenin, Stalin asciende a la cumbre del poder soviético y, desde allí, comienza una sutil y permanente tarea de desgaste sobre sus adversarios internos. Primero contra Trotsky, el de mayor peso. Luego contra el mismo Marx. Y más tarde contra Zinóviev, Kámenev, Bujarin y Rýkov, a quienes previamente había utilizado como aliados. Este proceso toma varios años y alcanza un hito histórico en 1929, cuando Marx y Trotsky son expulsados de la Unión Soviética. Una vez más, Marx encuentra refugio en Londres.

La persecución no termina allí y el aparato de propaganda soviético busca horadar la figura de Marx mediante un intenso trabajo de revisionismo que busca presentarlo como un traidor a la revolución. Como respuesta, Marx acusa a Stalin de tirano y exige la democratización del partido y de la Unión Soviética.

La respuesta de Stalin no se hace esperar, ni es suave. La persecución de la familia de Marx es despiadada y se centra en sus hijas (Jenny, Laura, Eleanor), sus yernos y sus nietos. Primero, con amenazas. Luego, ante la negativa de Marx a bajar su perfil crítico, con desapariciones. Los primeros en desaparecer son dos de sus yernos, Charles y Paul, en 1936. Al año siguiente, desaparecen dos de los cinco hijos varones de Jenny. Y, un año más tarde, Jenny y Laura son encontradas muertas, el mismo día, en París. La familia de Trotsky padece la misma persecución impiadosa.

La muerte amenazante y creciente de sus más cercanos familiares no logra acallar a Marx, quien asume cada golpe como una razón más para seguir adelante. Su forma de buscar justicia consiste en hablar cada vez más fuerte. Impulsado por esa convicción, inicia una gira por diversos países donde ofrece conferencias públicas para criticar a la Unión Soviética estalinista.

En 1940, tan solo un mes después de que Trotsky corra la misma suerte en México, Marx es asesinado en Londres por agentes de inteligencia bajo órdenes de Stalin.